

P. José Kentenich

LA IMAGEN CATÓLICA DEL HOMBRE

Índice

Capítulo I:

El cuadro que presenta la enfermedad del hombre actual

1. Fundamentos de esta investigación
2. El contenido de nuestra investigación (El cuadro que presenta la enfermedad del hombre actual)
 - 2.1. Los síntomas de la enfermedad: una revolución del ser
 - 2.1.1. *Concepto general de "revolución del ser"*
 - 2.1.2. *La revolución del ser aplicada a la imagen del hombre*
 - 2.1.3. *Efectos de la revolución del ser en la imagen del hombre*
 - 2.2. El núcleo de los síntomas de la enfermedad

Capítulo II:

La curación del hombre actual: la imagen católica del hombre

1. La imagen católica del hombre desde una visión filosófica. (Este tema se desarrolla a base de tres contraposiciones)
 - 1.1. Primera contraposición
 - 1.2. Segunda contraposición
 - 1.2.1. *El hombre cargado de realidad*
 - i. *Una realidad infinitamente rica*
 - ii. *Una realidad jerárquicamente estructurada*
 - iii. *Estructurada y configurada de manera homogénea*
 - 1.2.2. *El hombre sediento del más allá.*
 - 1.2.3. *El hombre que domina las cosas de este mundo.*
 - 1.3. Tercera contraposición
 - 1.3.1. *El hombre que ensalza a Dios*
 - 1.3.2. *El hombre que adora a Dios*
 - 1.3.3. *El hombre que es poderoso en Dios*
2. La imagen católica del hombre desde una visión bíblica
 - 2.1. En el Antiguo Testamento
 - 2.2. En el Nuevo testamento
 - 2.2.1. *Cristo, el ideal de vida*
 - i. *Del hombre que ha elevado su naturaleza*
 - ii. *Del hombre completo en su naturaleza*
 - iii. *Del hombre que impone sacrificios a su naturaleza*
 - 2.2.2. *Cristo, fundamento de nuestra vida*
 - 2.2.3. *Cristo, nuestra forma de vida*

La imagen católica del hombre

Introducción

Lo que nos une es la preocupación por nuestro pueblo y por los que nos han sido confiados: no es aflicción por el propio bienestar. También éste está amenazado. Todos arrastramos tantas aflicciones que, también nosotros mismos, tenemos que sobrellevar ya demasiado. Lo que nos reúne y une es la preocupación por el bienestar y el dolor de nuestro pobre pueblo y de nuestra patria esclavizados. Tenemos la sensación de que nos sucede lo que ocurre en la parábola del buen Samaritano. El hombre que yace herido en el camino, y que no se ha autoherido, es nuestro pobre pueblo esclavizado.

Podemos compararnos con la parábola del buen Pastor: la oveja no sólo ha sido llevada por el camino equivocado sino que se ha descarriado culpablemente. Tampoco quiere que la rescaten del descarrío. También, para la actual situación, podemos escoger la imagen de Jesús que llora por Jerusalén: "¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no has querido!" (Lc 13, 34)

Y así como Jesús está ante el pueblo escogido, así estamos nosotros ante nuestro pueblo. Escritores de los siglos pasados han comparado al pueblo alemán con el pueblo judío. Goethe compara la antipatía de los hombres contra el pueblo judío con la antipatía que sienten los pueblos contra el pueblo alemán. Se pueden comparar los caminos, la situación, el destino del pueblo alemán. Goethe teme que el odio mundial contra el pueblo alemán se desate algún día. Tanto más recordamos las palabras de Jesús: "¡Jerusalén, Jerusalén...!"

¿No ha enviado también el Señor tribulaciones al pueblo alemán? Desde 1914 a 1918 y desde 1933 a 1945; la nueva guerra que se ha perdido. Con razón Dios puede decir: ¡Cuántas veces he querido visitarte, pero tú no lo has querido! La gran pregunta es ésta: ¿Está nuestro pueblo preparado para la conversión? ¿Soportará las nuevas tribulaciones? ¿Somos nosotros los buenos pastores? ¿Seremos el buen samaritano? ¿Somos reflejos del Señor? ¿Marchamos a través del tiempo actual como corrededores?

Por lo tanto, debemos preocuparnos del cuadro que presenta la enfermedad y de la sanación de la enfermedad. Si nos comparamos con el médico, primero debemos hacer el diagnóstico: ¿Qué aspecto presenta la enfermedad? Nos preguntamos por los síntomas de la enfermedad. Entonces podremos diagnosticar y prescribir los remedios y aplicarlos.

CAPITULO I

El cuadro que presenta la enfermedad del hombre actual

Nos interesa el cuadro que presenta la enfermedad del ser humano, la imagen distorsionada del ser humano; la imagen del hombre, acatólica, anticatólica. Finalmente, hemos de conocer también la imagen ideal del hombre católico.

1. Fundamentos de esta investigación

Nos interesa, por lo tanto, la imagen distorsionada del hombre actual. ¿Por qué? Porque, mediante el conocimiento de la imagen distorsionada, se despierta el interés por la imagen ideal; porque entonces sabremos qué rasgos de la imagen ideal deben ser destacadas con especial vigor. San Agustín dice: *Utamur haereticis doctrinam veram assenteres ut cautiores et vigilantiores simus.*

Usemos estas palabras según su significado: Queremos aprovechar las imágenes paganas del hombre del tiempo actual para mostrar la imagen católica del hombre. Nosotros mismos hemos de estar más vigilantes y más seguros. Así tenemos el segundo motivo que nos insta a analizar la imagen distorsionada. Somos hijos de nuestro tiempo y no estamos exentos del carácter pagano de nuestro tiempo. ¿O estamos tan ciegos que ya no prestamos atención a ello? ¿Quizás hemos asumido ya los errores de la época? ¿Vivimos y nadamos en ellos sin estar conscientes ni tomar conciencia de ellos? Por eso es importante conocer las imágenes distorsionadas que presenta el hombre anticristiano.

Nos interesa la imagen distorsionada del hombre. Consideramos como algo evidente que el ser humano se interesa por sí mismo. Hoy el ser humano es el centro del interés. En cambio, en la Edad Media, regía este principio: Dios es la medida de todas las cosas. Con este parámetro era medido el hombre en la teoría y en la práctica. Con ello no quiero decir que el hombre de la Edad Media no se haya salido del orden y que no haya pecado, sino que los hombres de la Edad Media medían su pensamiento, su querer y su actuar con esa única medida: Dios.

En los tiempos modernos se produjo un trastorno total. La medida de todas las cosas ya no es Dios sino el mismo hombre. Esto no es teoría sino praxis. Percibimos que la respuesta a la pregunta por la imagen del hombre configura la imagen de la historia y del mundo actuales. En el centro de la gigantesca lucha del tiempo actual está la imagen del ser humano.

Todavía vemos el mundo con el espíritu del cristianismo. Sabemos cómo se condicionan entre sí la imagen de Dios y la imagen del ser humano. Goethe ha dicho: "Como es el hombre, tal es su Dios". A la inversa, podemos decir: "Como es Dios, tal es el hombre". La imagen de Dios y la imagen del ser humano se condicionan entre sí esencialmente. De la Antigüedad se nos relata lo siguiente: Un filósofo hindú visita un colega griego y le pregunta por el objeto de su filosofía. El griego le da su opinión: El objeto de mi ciencia e investigación personal es Dios. El que no conoce a Dios tampoco puede conocer al hombre.

Los católicos decimos que el ser humano es semejanza de Dios. Semejanza e imagen original se condicionan recíprocamente. Es verdad que el hombre actual se ve a sí mismo en el punto central. La mirada está hoy tan dirigida hacia el hombre que las actuales imágenes del ser humano no sólo son ateas y no cristiana sino que son contrarias a Dios y contrarias al cristianismo. Hay una gran oposición entre el hombre medioeval y el hombre actual.

Si pensamos en la Reforma, estamos en el punto final de un desarrollo de 400 años. No podemos volver atrás. Repercuten aquí las leyes de gravedad de la vida del espíritu. Las corrientes espirituales han caído dando tumbos tan profundos en el abismo que ya no pueden caer más hondo. ¿Cómo habremos de levantar de nuevo a nuestro pueblo hacia las alturas? Por eso es bueno que seamos realistas. Hacemos lo que podemos, pero no esperamos el florecimiento del hombre católico de la noche a la mañana. Sin embargo, nos interesa la imagen original del hombre católico.

A esto se agrega que aquellos de entre nosotros, que se mantuvieron inmoviblemente firmes en los años pasados, hoy se pregunten si todavía son válidos los antiguos conceptos. Sobre todo, los jóvenes fácilmente tienden a emplear una piedra para comprobar si algo es real y qué hay detrás (del edificio de la fe). ¿Nos damos cuenta cuán pequeño es el hombre ante la extensión casi infinita del universo? ¿Cuán pequeño es el hombre ante las cosas? ¿Ha de girar el cielo alrededor de nosotros? Por lo tanto, contemplemos la imagen distorsionada y la imagen ideal del hombre. Queremos aprender a juzgar correctamente el tiempo actual y, finalmente, tener la sabiduría para decidir qué dirección debemos tomar.

2. El contenido de nuestra investigación - El cuadro que presenta la enfermedad del hombre actual.

Observemos el cuadro de la enfermedad. Planteamos dos preguntas parciales, (como un médico que quiere ayudar a su enfermo): ¿Cuáles son los síntomas de la enfermedad y cuál es el núcleo de los síntomas de la enfermedad?

1.1. Los síntomas de la enfermedad : una revolución del ser.

Si reúno todo, puedo reducirlo a un denominador común; puedo resumirlo en una sola frase. Por el momento, esta frase puede sernos tan ajena como el nombre de una aldea española. Pero no debemos olvidar esta frase y debemos llevarla a casa. La frase es ésta: revolución del ser.

1.1.1. Concepto general de "revolución del ser"

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué se entiende por *revolución del ser*? Queremos aclarar las cosas confrontando los conceptos "revolución del ser" y "revolución del actuar". Un ejemplo: en la Edad Media también se conocía el pecado, como hoy día, y los hombres pecaban a menudo gravemente, pero se reconocía el pecado como tal. Los pecadores hacían grandes penitencias; con frecuencia llegaban a ser grandes penitentes. Dado que se conocía y aceptaba el orden objetivo del ser, se sabía y admitía que el pecado era una revolución del actuar.

En cambio, el hombre moderno peca por principio; trastoca el orden objetivo. Dios quiere ser el centro y ser adorado. El hombre moderno, en cambio, trastoca ese orden y dice: "Yo soy el centro; si sigo mis instintos, he actuado conforme a la virtud. En mí se esconde el animal, la bestia rubia y este animal actuará de acuerdo con sus propias leyes".

Cuando este animal traspasa sus límites, yo, como hombre religioso, digo: mea culpa, he hecho algo que contradice el orden divino del mundo. En cambio, el vitalismo moderno vive de la sugestión, de la imaginación. La virtud más grande consiste en dejar en entera libertad al animal con los instintos de una fiera.

Tomemos un ejemplo. He faltado a la verdad. Como hombre religioso, tengo una certeza: he fallado, no he dado testimonio de la verdad. Experimentamos nuestra conducta como pecado, como una revolución del actuar. En cambio, el hombre moderno -y todos estamos afectados por ello- dice que si en los mitos hay mentiras, las verdades históricas están falsificadas. Por eso ¿qué importa? La verdad es lo que sirve a mi meta. ¿Cuál es mi meta? La Iglesia católica debe ser extirpada y aniquilada.

Si estoy en el terreno de la ley externa, reconozco que toda violación de un contrato es una falta, una revolución del actuar. Los modernos que están en el terreno del utilitarismo -bueno es lo que me aprovecha, malo es lo que me causa perjuicio; a esto se opone la concepción cristiana: es bueno lo que corresponde a la voluntad de Dios- ven una virtud en la violación de un contrato. En la concepción moderna, se trata de una revolución del ser. Las revoluciones del actuar suceden siempre, pero cuando ocurre una revolución del ser, estamos ante la decadencia de la sociedad humana.

Dado que la revolución actual es una revolución del ser, existen, incluso ante nosotros, terribles catástrofes. Las ruinas que vemos son pequeñas comparadas con las que han de venir. Las ruinas de nuestras ciudades son un símbolo del intento diabólico de trastornar y alterar el orden creado por Dios. ¿Nos parece difícil mirar desde estas alturas, como se debe, los actuales sucesos mundiales?

Desde este punto de vista, preguntémonos, por ejemplo, dónde está la revolución de los hechos y dónde está la revolución del ser. ¿Está en la relación de los sexos entre sí? Se trata de una revolución del ser cuando a la mujer se la ve fundamentalmente como a un hombre y se la trata como tal. Así se destroza el orden querido por Dios. Lo propio de la mujer es ser alma, pureza y entrega. Cuando fundamentalmente se aspira a la masculinización de la mujer, tenemos ante nosotros una revolución del ser de la mujer, de la naturaleza de la mujer. Nuestra tarea es, en todo sentido, estudiar el orden de ser objetivo y armonizar nuestro obrar de acuerdo a este orden. De allí la gran ley: *Ordo essendi est ordo agendi*; el orden de ser objetivo determina el orden de actuar. El orden de ser objetivo debe ser la norma para nuestro orden de vida.

1.1.2. La revolución del ser aplicada a la imagen del hombre

¿En qué consiste la revolución del ser en nuestro caso? ¿A qué caso me refiero? Nos referimos a la imagen del hombre; nos referimos a nosotros mismos. ¿Qué

aspecto presenta el ser del hombre? El hombre es un microcosmos, un reflejo del macrocosmos. El macrocosmos, el gran mundo en torno a nosotros, está construido sobre el orden del ser. El orden está construido de manera que un estrato es más perfecto que el otro. En el grado inferior, el mundo sin vida, -por ejemplo, una piedra, representante del mundo mineral- ; luego el mundo de las plantas, el mundo de los animales, el mundo de los seres humanos, el mundo del espíritu, y, más allá, en la lejanía infinita, la vida divina intratrinitaria. Ese es el macrocosmos. Vemos los grados del orden del ser y decimos que el pequeño ser humano es la corona de la creación, un microcosmos. Todos los grados del ser creado están incorporados en el hombre.

A la pregunta ¿qué soy?, puedo responder que soy un mineral, es decir, que tengo las propiedades de los minerales; por ejemplo, la ley de gravedad. De manera similar, puedo decir que soy planta, un animal, un espíritu. Hasta puedo decir que soy Dios, es decir, un hijo de Dios. Este es, por lo tanto, el orden en que estoy inserto. "¡Oh Dios, cuán grande has hecho al hombre... Lo has colocado sólo un poco debajo de ti!" (Sal

Ahora planteamos la pregunta relativa a la revolución del ser. Después de la imagen extremadamente intelectualista del ser humano, vino la contrapartida: la imagen del hombre mecanicista y vitalista. El hombre actual fue precedido por la imagen *concientista* del ser humano. Lo explicamos brevemente: "*conscientia*" significa conciencia moral, estar consciente, o autoconciencia. El hombre *concientista* dice que el ser humano es sólo un haz de estados de la autoconciencia. Según esta concepción, todo es sólo creación en la autoconciencia, no es realidad. Dios tampoco existe realmente. ¿Hay aquí solamente una revolución del ser? Por cierto. La enfermedad moderna del espíritu consiste en que el hombre no reconoce ningún orden del ser.

Es necesario el retorno al pensamiento tomista, el retorno al orden del ser. El abandono del orden del ser es la causa de todas las ruinas. Después del hombre *concientista*, viene la reacción.

Hoy, nuestra pedagogía moderna dice: "El espíritu es el enemigo mortal de la vida", y acepta sólo el instinto. Admitir sólo la vida de los instintos es el medio más seguro para que, mañana, la bestia sea adorada y el espíritu sea arrojado a la fosa. Antes se dijo que el ser humano es sólo espíritu; ahora resurge el animal. El ser humano no es más que un animal, animal feroz que no conoce sino el poder. (Otras formulaciones del vitalismo: soy una criatura colocada entre el nacimiento y la muerte; una criatura llena de angustia; una criatura que se forma en la lucha con la muerte)

Lo que estamos experimentando es la consecuencia del desmoronamiento de una imagen distorsionada del ser humano. Nos hacemos esta pregunta: ¿Percibimos que una tal imagen del hombre es una revolución del ser? Todos los otros grados del ser son negados. El orden del ser del animal es aceptado como el más alto grado del ser, la más alta realidad. En modo alguno existe el Dios vivo.

La imagen mecanicista del hombre dice que el ser humano es sólo pieza de una máquina; ni siquiera es ya un animal. El ser humano ya no cuenta sino que es la masa la que cuenta. Hitler dijo: "Frente a la doctrina cristiana de la importancia infinita de la personalidad cristiana, yo opongo la doctrina liberadora de la infinita falta de importancia del individuo y su completa absorción en la nación. Veo surgir al hombre nuevo: está en medio de nosotros. Es el hombre despojado de la ética y del espíritu, que es capaz de matar a millones. Es el hombre cruel". Porque está despersonalizado, porque es dirigido por una máquina. Ese es el hombre moderno. En cambio, ¡qué amplitud universal tiene el pensamiento católico! No lo sabemos y, desgraciadamente, tampoco conocemos la imagen católica del hombre.

1.1.3. Efectos de la revolución del ser en la imagen del hombre

¿Qué efectos produce la revolución del ser? ¿Qué aspecto presenta el hombre anticatólico? En esa imagen veremos las llagas de la época.

Es el hombre que ha abandonado a Dios y al cristianismo; el hombre despersonalizado; el hombre sin ética; el hombre sin alma; el hombre sin armonía, que no está en armonía ni con Dios ni con los demás ni consigo mismo.

¿Es ése el aspecto que presenta la imagen del ser humano? Es verdad; el pueblo aún marcha tras el jefe. Mañana la máquina girará en sentido contrario. Por eso, todavía no hemos llegado al final. La controversia con el bolchevismo, es decir, con la imagen mecanicista del hombre. En esta lucha entre la ideología del occidente y del oriente, se despiertan fuerzas poderosas. Lo que hacemos en pequeños círculos se amplía también hacia círculos mayores. Todos los problemas han de ser resueltos. Y Alemania es el campo de batalla.

Las características señaladas anteriormente son rasgos propios del hombre anti-católico y a-católico. Desde este punto de vista, podemos responder a la pregunta relativa a las escuelas confesionales. La imagen protestante del ser humano no acepta la participación en la naturaleza divina. (El hombre es un "perro sarnoso", una cloaca que está recubierta). También la imagen protestante del ser humano es una revolución del ser. Ahora bien, cuando en lugar de católico se dice cristiano, desde el lado católico y desde el lado protestante, se quiere producir una convergencia. Pero allí donde se trata de asuntos relativos a la educación, no podemos marchar juntos. No nos entendemos en esto y no podemos entendernos (matrimonios mixtos). Así repercute la revolución del ser.

Una segunda respuesta a la pregunta por el aspecto que presenta la revolución del ser es ésta: Es enemiga de la realidad, no reconoce todos los estratos del ser. Huye del mundo del más allá y está esclavizada por este mundo.

El hombre católico está cerca de la realidad, busca el mundo del más allá, domina este mundo y, por eso, es creadoramente activo. (Somos el buen pastor: la pequeña oveja que se ha enredado lo ha querido así y no quiere zafarse de las espinas. El hombre que cayó en manos de los ladrones tiene también al culpa de haber caído en sus manos). Se habla de la culpa del pueblo alemán. ¿No se puede hablar también de la culpa de los pueblos extranjeros? ¿No habrían podido y debido ellos

ayudar al pueblo necesitado? Las enfermedades de la época están en todo el mundo de la cultura. Son enfermedades internacionales. ¿Cómo fue posible que estas enfermedades repercutieran así entre nosotros? Si decimos en silencio "mea culpa", debemos mirar también hacia los otros pueblos. Lo que vemos es lo siguiente: el orden del ser en todo mundo está trastocado. Por todas partes nos sale al encuentro la imagen distorsionada del hombre anti-católico.

En la vida práctica, las imágenes se entrecruzan. Por ejemplo, la vitalista y la mecanicista. También hoy es así. Entre las imágenes del ser humano que no son católicas, es incuestionable la línea anti-católica. Está clara en todas partes.

2.2. El núcleo de los síntomas de la enfermedad

Después de haber conocido las manifestaciones de enfermedad en la imagen del hombre moderno, nos preguntamos por el núcleo de la enfermedad. Alguien está enfermo: tiene dolor de cabeza, dolor de garganta, dolor de estómago, etc. El charlatán sólo prescribe remedios contra las distintas manifestaciones de la enfermedad. El médico serio responde a esta pregunta: ¿Dónde está el foco de la enfermedad? Así vemos el cuadro que presenta la enfermedad del hombre moderno: un hombre inarmónico, sin alma, despersonalizado, etc .

Como remedio, se puede prescribir hoy día esto, mañana aquello, y el ser humano se esfuerza por cumplir las prescripciones. Pensemos solamente en la fuerza que necesitamos para recibir la comida y la bebida necesarias. Preguntamos: ¿dónde está el núcleo de la enfermedad? ¿Es, por ejemplo, la despersonalización lo primario o está en otra cosa el núcleo de la enfermedad? El núcleo de la enfermedad es la revolución en el orden de lo religioso; es decir, estamos despersonalizados porque estamos sin Dios y sin ética. Nos falta armonía entre nosotros porque estamos sin Dios. Estamos sin alma porque estamos sin Dios. ¿Podemos aceptar este diagnóstico? ¿Qué remedios debemos emplear? Debemos formar al hombre enteramente lleno de Dios.

Quizás se diga que así habla el sacerdote desde su punto de vista. Pero esperamos no ser tan superficiales. Lo digo de nuevo: El núcleo está en la carencia de Dios y de ética. No nos han de traer la sanación quienes no nos traigan a Dios y a Cristo. Por cierto que pueden traernos algo de valor: nos traen una imagen del hombre de espíritu amplio, la imagen del hombre cultivada por los masones que aprecian al hombre de cierta valía. Esto está bien frente al animal feroz, pero no es nuestra imagen del ser humano. No nos traen a Dios ni a Cristo. (Véase el undécimo precepto de la educación alemana; ése es el ideal: la educación ética que nada tiene que ver con Dios. Esto es lo que corresponde a un ser humano y así se sirve a la patria).

Allí no se encuentra el núcleo de la enfermedad. El hombre ético y de gran valía no puede ser educado cabalmente si no está anclado en Dios. La pregunta es ésta: ¿Qué actitud tiene la cultura actual ante el Dios personal, ante el Dios de la revelación, ante el Dios cristiano? Con frecuencia, desde nuestras propias filas vemos lo que está vivo en el lado opuesto: una cierta huida de Dios. Nosotros

debemos cultivar la búsqueda de Dios. Allí donde se da la huída de Dios, se dan la búsqueda de sí mismo, la búsqueda del yo, el egoísmo.

Debemos tener claridad en nuestro pensamiento, en nuestra voluntad y en nuestro obrar en la educación de nosotros mismos y en la educación de los demás. Con frecuencia el orden está puesto en la cabeza. Objeción: ¿cómo ha de ser posible eso en el caso de la juventud actual? ¿Cómo habrá de lograrse que el hombre se arraigue nuevamente en Dios? A menudo la fuga de Dios crece hasta transformarse en odio a Dios y protesta ante Dios. ¡Con qué frecuencia encontramos esta actitud! ¿Y cuánto olvido de Dios encontramos en las propias filas? ¿Estamos unidos al Dios personal con todas nuestras fibras? ¿El cristianismo tiene todavía hoy una palabra que decir respecto del ordenamiento de las condiciones económicas y sociales?

Todavía existen muchos seres humanos que están vinculados con Dios, pero sufren por ello. Dios se les ha desaparecido. Se dice que la religión es el opio del pueblo, es decir, adormecimiento del hombre natural; ustedes, los cristianos, se engañan a sí mismos; ustedes deben hacer un paraíso de esta tierra y no huir hacia Dios. Así es cómo el hombre moderno está dirigido hacia sí mismo, hacia el mundo. En una palabra, hacia el pequeño yo. Nosotros comprendemos que el Señor dirija al pueblo alemán ese lamento: "¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no has querido!" (Lc 13, 34) ¿No ha asesinado a Dios también el pueblo alemán? "¡Ustedes y yo hemos asesinado a Dios!" (Nietzsche)

Si damos una ojeada a las circunstancias, queda claro que la revolución del ser es la explicación de todos los síntomas de la enfermedad. La expresión "*abandono de Dios*" significa el desmoronamiento de la situación de las otras realidades: culturales, económicas, estatales, y de las facultades humanas. San Agustín vivió en circunstancias similares a las que nosotros vivimos hoy. Entonces ocurrían las invasiones de los bárbaros. El dice que es una ley inmutable de Dios el hecho de que todo espíritu desordenado se convierta en castigo de sí mismo. Toda revolución del ser encierra en sí un pedazo del infierno. Es así como se habla del infierno de Dachau. Se puede hablar también del infierno del mundo actual. El infierno está en nosotros mismos. Hättinger dice que la humanidad sin divinidad se convierte en brutalidad y bestialidad.

Hoy se quiere crear hambres de valía moral. Humanidad. ¿Qué resulta de ello? Un ser humano que no está en el reino de Dios, crece y se adentra en el reino animal. La bestia se expresa en la brutalidad. Es así como entendemos que la última raíz de la decadencia es la huida de Dios, del Dios personal. "Doble mal ha hecho mi pueblo; a mí me dejaron, Manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen" (Jer 2, 13). En la doctrina sobre la imagen católica del hombre, los católicos tenemos ante nosotros una fuente de agua viva. Y, sin embargo, siempre estamos buscando otra fuente. Por eso, la huida de Dios de la humanidad actual es verdaderamente trágica. O bien, pensemos en el deísmo que dice: Hay Dios, pero él deja entregado el mundo a sí mismo. O pensemos en esa otra afirmación que dice que el derecho de los príncipes quiebra el derecho de la Iglesia.

Así comienza la relajación del pensamiento occidental. El humanismo rompe el vínculo del hombre con Dios. El protestantismo desata la religión del dogma. El industrialismo y el materialismo desatan la economía de Dios. Lo percibimos: la separación respecto de Dios se compara con un trozo de nieve que se desprende allá en lo alto de los Alpes y se convierte después en una poderosa avalancha. Comprendemos cuál es el núcleo de la enfermedad. Podemos comparar la separación de Dios con la bomba atómica. ¿Dónde tiene todavía seguridad el hombre frente al prójimo? ¿Qué seguridad puedo buscar todavía entre los hombres?

Estamos en el comienzo de un pavoroso desarrollo. ¿Cómo ha de estructurarse hoy un gran aparato de seguridad? ¿Hemos de creer a los hombres que se separan de Dios? La separación respecto de Dios es la bomba atómica que ya explotó hace tiempo. El derrumbe general de nuestra cultura actual es la repercusión de esta bomba atómica: la separación del hombre del Dios personal.

¿Qué aspecto presenta en detalle la destrucción que se ha producido a causa de esta separación de Dios? Mientras mayor sea la huida de Dios, tanto mayor es la búsqueda de sí mismo. Allí donde el ser humano no deja su lugar a Dios, él mismo trata entonces de colocarse en ese lugar de Dios. El hombre moderno separado de Dios es el ser humano autónomo y que se ensalza a sí mismo. Ya no es Dios el legislador: el hombre es su propia ley. Ya no conoce la ley de Dios: en lugar de ella, conoce un montón de otras leyes, tantas como nunca las ha habido. El hombre rechaza el reconocimiento de la omnipotencia de Dios. En lugar de ella, debe someterse al látigo. ¿Quién no ha experimentado todavía el látigo?

El hombre autónomo pone, en primer lugar, la búsqueda del poder, la embriaguez del poder y, por otra parte, afirma: mi existencia es la existencia de la criatura llena de angustia. El hombre autónomo predica sobre el hombre heroico, pero un heroísmo sin ninguna seguridad. Se dice que hay que apretar los dientes; lo que venga después de mí, no tiene importancia si por el momento dominamos la vida. ¡Rostros helados!

Por cierto que, en los últimos años, se han realizado muchos actos valerosos. El heroísmo debe permanecer. En lo religioso, damos el salto desde la naturaleza al mundo sobrenatural. ¿Debemos, entonces, atrevernos a dar el salto de la fe? Yo sé que hay sobre mí una mano paternal poderosa, ante la cual me inclino. ¿No es acaso heroísmo también el que yo sobrelleve así las penurias de la vida? El hombre moderno ha predicado durante mucho tiempo un movimiento basado en la acción. Después sobreviene la crisis. La vida se torna demasiado pesada, porque no se nos ha educado para soportar las cosas.

¿Cuál es mi posición? ¿Hay también para mí una ley eternamente obligatoria (*lex externa*)? Hoy hemos olvidado un pensamiento inconmovible, poderoso: Dios es la medida de todas las cosas. Debemos amar a Dios con todo el corazón; ése es el primer mandamiento. Cuando Dios da una orden, me inclino ante esa ley, porque me inclino ante el legislador.

Hace poco tiempo surgió esta pregunta: ¿Debemos reconstruir las antiguas catedrales? El hombre moderno debe, en primer lugar, aprender de nuevo a dar

gloria a Dios. Debe dejar de adorarse a sí mismo. Si se esfuerza por volver hacia Dios, no busca al Dios del ser, sino a un Dios que está en gestación. El hombre moderno dice: Dios no ha creado al hombre, sino que el hombre ha creado a Dios. El hombre es un dios, un dios en gestación. El movimiento, la vida, el trabajo: eso es la religión. ¿Soy yo de esta índole? ¿Me he fabricado también la imagen de un ídolo para adorarlo? El hombre actual, el hombre ario, quiere representar, de entre todas las cualidades de Dios, la omnipotencia antes que nada. Nosotros, los arios, lo podemos todo si permanecemos unidos; no puedo soportar que deba ser de otro. *Eritis sicut Dei.*

Goethe dijo: "Al principio era la acción". Pero el cristianismo dice: "Al principio era el Verbo y el Verbo se hizo carne". Al principio está el ser, está la verdad. El hombre moderno rinde tributo a una gran doctrina errónea: El *ethos* precede al *logos*, es decir, el acto subjetivamente orientado, el obrar, está por encima de la verdad. ¿Percibimos la enfermedad? Estamos infectados; nosotros, como profesores y sacerdotes católicos, compartimos la culpa por estas falsas doctrinas.

Hemos enseñado brillantemente, pero hemos vivido poco de acuerdo con ello. No conocíamos entonces el ideal: vinculación armónica entre *logos* y *ethos*. Ahora experimentamos el menosprecio de la verdad. ¡Cuán mal se usa esa palabra! ¿Estaba preparado para morir por la verdad? Por lo tanto, volvemos al Dios personal. El ser humano que ya no tiene un apoyo en Dios se destruye a sí mismo. "Quien quiera salvar su vida, la perderá" (Lc 9, 24). Recordemos el saludo de Pascua de resurrección dado por el Señor: *Pax vobis*. *Pax* significa *tranquillitas ordinis*: tranquilidad en el orden querido por Dios.

Debo llegar a ser un buscador de Dios. Debo despertar hambre de Dios. Paz significa tranquilidad en el orden. Tenemos que ver el orden total. Debemos ver el mundo sin vida y el mundo animado, el mundo natural y el mundo sobrenatural. Si tenemos hambre de Dios, nos liberaremos del yo. *Tranquillus Deus*. Una abuela decía a su nieto: Lo que nosotros llamamos malo, ustedes lo llaman nervioso; lo que nosotros llamamos nervioso, lo llamamos malo de todas maneras. Y lo enmendamos por medio de una buena confesión.

CAPITULO II

La curación del hombre actual - La imagen católica del hombre

Todas las manifestaciones de la enfermedad se reducen a una acentuada revolución del ser. El núcleo de la enfermedad es la revolución en el orden de lo religioso: la separación de Dios. ¿En qué consiste la sanación? La respuesta es clara. La revolución del ser debe ser superada educándonos según la ley que dice: "*ordo essendi est ordo agendi*". Debemos volver a acostumbrarnos a la antigua manera de pensar que estudia el ser. Si las manifestaciones de la enfermedad se reducen a un común denominador, el hombre anti-católico o acatólico, debemos crear al hombre marcadamente católico (no hombre cristiano). Debemos recordar las diferencias

entre la imagen del hombre cristiano y protestante y la imagen del hombre marcadamente católico. Consideraremos la imagen católica del hombre bajo una luz filosófica, bíblica y teológico-dogmática.

1. La imagen católica del hombre según una visión filosófica

Utamur haereticis ut doctrinam veram asserentes vigilantiores simus, dice san Agustín; utilicemos a los herejes para que seamos más vigilantes en afirmar la verdadera doctrina. A través de una ruda contraposición, vamos a conocer la imagen católica del hombre. Para nuestra exposición, tenemos puntos de partida propios de la ciencia popular.

- El hombre actual es el hombre más alejado de Dios y del cristianismo y más despersonalizado. La imagen opuesta es el hombre marcadamente católico.
- El hombre anti-católico y a-católico es ajeno a la realidad, huye del más allá y está esclavizado por este mundo.
- El hombre actual es el que se ensalza a sí mismo, se endiosa a sí mismo y se destruye a sí mismo. La imagen opuesta es el hombre católico.

1.1. Primera contraposición

Comenzamos con la primera contraposición. El hombre moderno es y sigue siendo el hombre que más se ha apartado de Dios y que más se ha descristianizado.

El hombre católico, en cambio, está enteramente lleno de Dios y penetrado del cristianismo. Dado que como ser humano está lleno de Dios y penetrado de cristianismo, es un hombre de valía. No debe decirse que, a pesar de estar lleno de Dios, sea un hombre de valía. En la vida práctica, los católicos a menudo han dado pie para esta concepción equivocada. No debe decirse: me siento enteramente bien junto a Dios y por eso tengo sentimientos cálidos y un corazón tierno. Dado que estoy lleno de Dios (no a pesar de ello) soy ecuánime en mi manera de ser y también en el comportamiento con el prójimo. El ser determina el deber.

El hombre católico está asentado en grandes principios: Dios es el centro del mundo. Dios es la medida de todas las cosas. El Dios vivo es la abrazadera que mantiene todo unido. Dios es la plenitud de la realidad, la plenitud de la vida, la plenitud del ser. "Yo soy el que soy"(Ex 3,14). Si ello es verdad, toda vida creada es, entonces, sólo una pequeña sombra suya. Por lo tanto, debe ser evidente que todo nuestro ser deba girar permanentemente en torno al Dios personal. Dios, y nadie ni ninguna otra cosa, ha de ser la medida y el centro de todas las cosas.

Se habla de frío cósmico. Los seres humanos se han tornado fríos; tienen rostros helados; han llegado a ser caricaturas del ser humano porque giran en torno a sí mismos. Los seres humanos se han convertido en hielo. También el mundo en torno a nosotros se ha convertido en hielo. Por ejemplo, cuando nos golpea el sufrimiento, eso es un trozo de frialdad. El sufrimiento nos hace y nos deja fríos. ¿Por qué? Porque, en el fondo, vemos el sufrimiento separado de Dios. Somos como el perro

alcanzado por una piedra y que se vuelve para morder la piedra, pero no a quien ha lanzado esa piedra. Por eso rondamos en torno al sufrimiento, pero no nos volvemos hacia Aquel que ha permitido el sufrimiento. El sufrimiento nos hará más maduros y grandes si lo vemos como un obsequio del Dios personal, que es quien envía o permite el sufrimiento. Prácticamente, nuestra tarea consistirá en buscar, en encontrar y ver en todo al Dios de la vida.

Dios es el Dios de la vida, no el de los libros ascéticos. Este es el Dios que quiere ver el hombre zarandeado por la vida, herido por la vida. ¡Quién no ha sido golpeado por la cruz y el sufrimiento en los últimos años! ¿Qué quiere el Dios de la vida? A través de los golpes del destino quiere que nos volvamos hacia él con una atención más decidida. La historia de mi vida debiera ser una historia nupcial. Debemos celebrar nuestras bodas con el Cordero. Desgraciadamente, tal vez tenga que decir que la historia de mi vida es la historia de una separación matrimonial. Tal vez fueron la cruz y el sufrimiento, que debí soportar, lo que me separó de Dios. Mirando las cosas retrospectivamente, debemos elaborar y asumir todo esto. Pero también, mirando hacia adelante, debemos llegar a ser interiormente recios para el sufrimiento que ha de venir. Los golpes del destino deben ser parteros del hijo de Dios en nosotros; Cristo debe surgir en nosotros. La cruz no debe ser el sepulturero del hijo del Dios ni de Cristo.

Para que el hombre sea lleno de Dios, es necesario que en todas partes veamos a Dios, así como vemos la cruz que está en la cima de la iglesia. En todo debemos colocar la escalera del amor a Dios de manera totalmente consciente hasta que llegue a ser una segunda naturaleza en nosotros. Así era entre nuestros abuelos. Con frecuencia, nosotros hacemos lo del perro alcanzado por una piedra. La voluntad de Dios, por lo tanto es: ¡estad tranquilos! Nada sucede por casualidad: todo lo bueno proviene de Dios.

El deseo del hombre moderno es éste: Debemos llegar a ser personas con una profunda fe en la divina Providencia. Esto debe ser el *ceterum censeo*, la preocupación constante, de nuestra sabiduría de educadores. No cae un solo cabello de vuestra cabeza sin el deseo y la voluntad del vuestro Padre celestial.(cf Lc 12,7) Es verdad aquello del gran y pequeño plan sobre el mundo. Ambos planes han sido trazados por la Providencia de Dios. Cada parte se cumple. Ninguna situación sobreviene antes. Si no puedo explicarme con la razón natural algún suceso y si el amor natural no encuentra el camino hacia Dios, como hombre católico debo atreverme a dar el salto mortal desde lo que sabemos hacia el mundo de la fe y desde el amor natural hacia el amor sobrenatural. En esto consiste el verdadero heroísmo. Debiésemos tamizar y examinar desde afuera nuestra experiencias. Cosas que nos son familiares suenan como nuevas.

Maquiavelo decía: Hay un doble poder: *virtus* y *fortuna*. *Virtus* es la voluntad creadora del hombre. Muchos se inclinan ante su poder. Cuando los hombres tienden a esquivar las decisiones y a escuchar sólo a los demás, tenemos una humanidad de hombres-masa. La voluntad del ser humano es una gran potencia. Hay tres grandes potencias: Dios, el demonio y la voluntad humana.

Maquiavelo denomina *fortuna* al segundo poder creador; es decir, ese algo que no podemos resolver con la voluntad, algo incomprensible. Eso es *fortuna*, que puede ser comparada con una mujer veleidosa. ¿Cómo llamamos nosotros a este "algo" que puede desbaratar todos nuestros cálculos? Esto es la Providencia paternal y bondadosa de Dios. Entonces se impone la voluntad irracional y misteriosa del Padre, si queremos configurar al hombre marcadamente católico. Anastágoras, un filósofo pagano, observó la vida y dijo: El ser que hace la historia del mundo debe ser razonable y se denomina Logos, es decir, un ser sabio que todo lo pondera bien y que todo lo dirige. Pero este Logos, no raras veces, parece ser un *Alogos*. Es decir, en los sucesos del mundo, hay muchas cosas que no pueden ser reducidas a un común denominador. Por eso habla él de un Logos *alógico*. Allí hay un muchachito que juega a la pelota; lo hace magistralmente de acuerdo con determinadas reglas. Súbitamente se pone caprichoso y juega contra todas las reglas. Así es el actuar de Dios en la vida.

¿Cómo se nos presenta Dios? La distancia entre Dios y nosotros es infinita. Él es quien se sienta en el trono. Hay muchas cosas incomprendidas e incomprensibles en la propia vida. Nuestro pensamiento racional estaría conforme si pudiese encontrar una línea clara. San Agustín nos dice que no es fácil comprender a Dios. Si, por ejemplo, a todos los malos les fuese bien y a todos los buenos, mal, o al revés, si se pudiese establecer una regla general válida, el entendimiento quedaría contento. Pero no se puede. A menudo Dios obra caprichosamente. El hombre católico, cuando ve a Dios detrás de todo lo que sucede, sabe que Dios es inconcebible e incomprensible. En esto consiste el impulso hacia el heroísmo: que yo me incline ante la eterna sabiduría. Esto es una prueba de que Dios existe. Si yo entendiese en todo a Dios, él no sería más grande que yo. En la vida, Dios debe demostrarme que él es el más grande.

Consideremos una vez más cuánta infelicidad y sufrimiento hay en el mundo actual. Heidegger habla de la criatura llena de angustia. El hombre actual se estremece y tiembla. Todas las juntas se resquebrajan, pero todavía no estamos al final. Confrontación con el bolchevismo. ¿Cuándo vendrá la última confrontación? Heidegger habla de la existencia insegura. ¡Cuánta incertidumbre hay en todas partes! ¿Cómo hemos de dar un sentido a esta incertidumbre? ¿No nos damos cuenta que la incertidumbre pertenece a la esencia del ser humano? Dios no deja que nos acostumbremos a las condiciones terrenales. Una y otra vez nos destruye nuestra morada aquí en la tierra para que seamos alzados hacia el último nido primigenio, hacia el corazón mismo del Dios vivo. Como que el hombre orientado hacia este mundo busca su hogar en esta cápsula terrenal, Dios expulsa a los hombres actuales de todas las cápsulas a fin de que busquen el hogar en su corazón.

La seguridad propia del hombre es siempre la seguridad del péndulo. En la parte inferior, el péndulo está siempre inseguro: con cada sople del viento puede ser puesto en movimiento,. Parecido es lo que sucede a menudo con la seguridad del ser humano en la tierra. ¿Dónde tiene el péndulo su seguridad? Arriba, en la alcayata. Semejante es lo que sucede con el ser humano. Sólo tiene seguridad en Dios. El hombre actual ya no tiene seguridad entre los hombres y ha arrojado de sí la seguridad en Dios. Es necesaria la vinculación con el Dios inmenso.

Tomemos la parábola del hijo pródigo. Podemos establecer tres leyes:

- En la vida diaria, hay mucha inseguridad junto a la seguridad. ¡Cuán seguro estaba el hijo pródigo antes y cuán inseguro después!
- En toda existencia, en cada seguridad terrenal hay mucha inseguridad. Esta última se manifiesta hoy más fuertemente. El hijo que se quedó en casa se sabía seguro en el amor de su padre. Cuando se preparó el cordero sacrificado, entonces se dio cuenta de que no estaba solo en el corazón de su padre. Entonces allí se despierta un espacio de inseguridad. Lo mismo sucede hoy con las personas que creen en la fidelidad y el amor de su prójimo. ¿Cuán seguros se creían muchos en 1933, cuando vino el nuevo gobierno? ¿Y hoy, cómo se sienten? ¿Qué nos dice el mapa de 1933 y el de 1946? *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*, vanidad de vanidades y todo vanidad. Todo lleva consigo una gran inseguridad. También el afecto del pueblo hacia nosotros. No debemos engañarnos.
- El sentido de toda inseguridad es y sigue siendo la seguridad y el cobijamiento en el corazón de Dios. El hijo pródigo debe regresar a la casa del padre. Allí debiésemos permanecer. ¡Cuán frecuente y terrible es, en el hombre actual, la falta de hogar, (*Heimat*)¹, de terruño, de lo nuestro, de lo que nos es familiar y de los afectos que nos unen a otros! Bombardeado, expulsado del Este, ¿qué es lo que falta? ¿Qué significa hogar? Es, en primer término, un lugar, un trozo de tierra donde cada piedra habla un lenguaje propio. No significa sólo algo local, sino también la vinculación personal al corazón de un ser humano. ¿Por qué hay tanta carencia de todo ello? Porque hay tanta infidelidad entre los seres humanos: entre marido y mujer, entre padres e hijos.

De allí que exista tanto desarraigo. El verdadero arraigo no es sólo una vinculación a todas estas cosas terrenales. El hogar terrenal es símbolo de un hogar en el corazón de Dios. ¿Por qué actualmente hay tan pocas personas que pueden ser para otros un lugar donde los acojan? Nos preguntamos, ¿cuántas personas habitan en mí? Una respuesta de fondo es ésta: Hay tan pocas personas que pueden acoger a otras porque hay pocos que han encontrado un hogar en Dios. Quien ha encontrado acogida y cobijamiento en Dios puede también acoger y dar cobijamiento a otras personas.

Debemos ver al Dios de la vida y ponernos en sus manos. Si lo hacemos, creamos la imagen católica del hombre. El hombre católico es el ser humano lleno de Dios. Debe contemplar a Dios con fe y descubrirlo en todas las cosas. La medida de la grandeza y de la capacidad de resistencia de la vida religiosa es esta consideración: ¿Cuánto tiempo necesito hasta estar junto a Dios cuando me asesta un golpe del destino? ¿O hasta que mi alegría fluya nuevamente hacia Dios? Entonces, quiere decir que soy un hombre religioso. La piedad consiste en el permanente contacto

¹ Para referirse a conceptos como lo propio, lo familiar, lo que da seguridad, cobijo, hogar, terruño, etc., el P. Kentenich con frecuencia usa la palabra "Heimat", que significa tanto hogar, como terruño, patria, aquello que es propio y familiar, etc. En el idioma alemán posee una resonancia difícil de traducir al castellano. Las explicaciones que él mismo da nos permiten captar su contenido.

con el Dios vivo. Buscamos a Dios y queremos encontrarlo. *Deum quaerere in omnibus rebus et hominibus*. Dios está en todas partes; debo vincularme a Dios allí donde él está. ¿Dónde está Dios? En todas partes, en el cielo, en la tierra y en todo lugar, con su poder y con su saber. Así como el girasol se vuelve hacia Dios, el ser humano debe volverse hacia Dios. Dios está en todas partes, especialmente en la santa Eucaristía. Si mi vida descansa sobre la gran ley, entonces se orienta hacia Dios. Por lo tanto, mi pensamiento también debe girar en torno al Dios de las alturas. Junto a Cristo en el tabernáculo, debo sentirme como en casa. "Si, como los católicos, yo pudiese creer que Dios está presente aquí, estaría siempre de rodillas".² Por eso debemos hacer del Dios del tabernáculo un punto central.

Overberg y Seiler han educado niños y maestros y los han tratado como hijos de Dios, no como máquinas, animales o ángeles, y se han adaptado al alma de quienes han sido bendecidos por la gracia. Overberg dice: Debemos conversar en el corazón con el Dios trinitario.

"El que hoy saluda tristemente al que debiese ser". "Si los redimidos viviesen más como tales, yo también podría creer en su Redentor". ¡Si yo fuese un hombre redimido, un hombre lleno de Dios! Si conociésemos al hombre católico diríamos: ¡Vamos hacia él y actuemos como él!

La cualidad principal del hombre católico es estar lleno de Dios. El núcleo de la sanación es la vinculación con Dios. Todo lo demás que llevamos en nosotros es plenamente incorporado, tarde o temprano, a la personalidad y divinizado por un cierto imperativo de la naturaleza. La naturaleza del ser humano en ninguna parte encuentra tanta protección como en Dios. Nada nos permite tanto llegar a ser persona como el estar en manos de Dios. Quizás pensemos que Dios oprime la personalidad. Dios es *per eminentiam* persona. Persona en una comunidad. Un gran misterio. Si somos trasuntos de Dios, debemos llegar a ser personas, así como Dios es persona.

¿Qué quiere el Señor? Quiere salvar la personalidad. Por eso él quiere penetrar en el alma de cada persona. El Dios vivo quiere permanecer unido a cada persona. Su persona debe resplandecer en nosotros y a través de nosotros. Debemos llegar a ser *alter Cristus*, otro Cristo. Por eso también él ha protegido especialmente la dignidad de la mujer a través de las leyes del matrimonio. Afirmemos con fuerza que debemos emplear todos los medios para llegar a ser personas. Porque estamos divinizados, por eso somos personas. No hemos de decir: a pesar de que estoy vinculado a Dios.

Toda educación comunitaria encierra el peligro de la masificación. La época actual sabe adiestrar, disciplinar, masificar. ¿Qué puedo hacer contra ello? La libertad de la voluntad tiene una importancia mayor; ella es capaz de decisión y capacidad de realización. Lo primero es la capacidad de decisión. Yo puedo decidirme por el bien, por Dios, pero también por el mal, por Satanás. Debemos capacitar a la persona para que aprenda a decidirse. Por eso no hay que hablar siempre de subordinación

² Estas palabras se atribuyen a un amigo de Goethe.

y de negación de la obediencia. Hay una obediencia católica que sabe de una cierta desenvoltura.

La persona humana total debe decidirse. Si me he decidido, debo también llevar a cabo las cosas. Por cierto que sabemos también de la limitación de nuestra capacidad de hacerlas. La acentuación principal la ponemos en la educación de la disposición para decidirnos, no en el amaestramiento del ser humano. ¡Con qué rapidez se pone descortés la vida interior del ser humano! Se ha socavado el sentimiento del pudor. Esto puede ser suficiente.

El hombre católico debe llegar a ser también una personalidad traspasada de moralidad. Dado que comulgo con tanta frecuencia, me esfuerzo por reprimir la lengua, por practicar la caridad. Esto también puede fracasar. Pero no olvidemos que, a menudo, las faltas son el medio para decidirnos por Dios. ¿Cuándo me he sentido más fuertemente movido para decidirme por Cristo? ¡Cuando he pecado! El pecado original sigue siendo pecado, pero el pecado nunca es tan peligroso como la presunción y la autojustificación que ya no registran ningún llamado para decidirse por Cristo. No digo que entonces debemos pecar. Se trata, en primer término, de una revolución del actuar. Pero, ¡ay! si eso se convierte en una revolución del ser.

El hombre católico también debe llegar a ser una personalidad profundamente espiritual. Véase la encíclica sobre la educación, del Papa Pío XI. El destaca qué es lo que ha perdido al hombre. Porque soy religioso, todos los brotes de enfermedad deben ser superados en mí. Ante todo, es necesario el cultivo de la armonía entre el espíritu, la voluntad y la vida sensitiva. ¡Consonancia! En mí, el espíritu, la voluntad y también mi vida sensitiva, mis sentimientos, resuenan y vibran acordes. Y cuando todos suenan armónicamente, hablamos de Gemüt...³

Así veo yo la auténtica imagen católica del hombre. El que soy saluda tristemente al que debiese ser. Puede haberse despertado en el alma una cierta tristeza, porque estamos tan alejados del gran ideal. Quizás hayamos rebajado el ideal. Pero hemos de esforzarnos por armonizar la realidad con el ideal. El ideal no debe llegar a ser un ídolo.

Hemos conocido el núcleo de la personalidad marcadamente católica.

1.2. Segunda contraposición

Nos conduce más profundamente a la vida de todos los días. El hombre anticatólico es el hombre ajeno a la realidad que huye del más allá, esclavizado por este mundo. La imagen opuesta es la del hombre católico cargado de realidad, sediento del más allá y que domina las cosas de este mundo.

³ El P. Kentenich habla aquí del "cultivo del Gemüt", un vocablo alemán que no tiene equivalente en castellano. Se suele traducir por ánimo, espíritu, alma, corazón, sentimiento, afecto, afectividad. Citamos al propio P. Kentenich: "Gemüt... ¡Consonancia! En mi alma resuenan y vibran acordes el espíritu, la voluntad y también mi vida sensitiva, mis sentimientos, resuenan y vibran acordes. Y cuando todos suenan armónicamente, hablamos de Gemüt".

1.2.1. El hombre cargado de realidad

El hombre "cargado de realidad" es el hombre que tiene plenamente sentido de la realidad. El ve a Dios en todas partes como una realidad. El da su sí a todas las realidades. Esta carga de realidad, en él se expresa así: vive en una realidad infinitamente rica, estructurada jerárquicamente y conformada de manera homogénea.

i. De una realidad infinitamente rica

El hombre católico sabe de una realidad rica sobremanera. El hombre anticatólico niega la realidad en el ser humano y en torno a él. El mundo que hay en él, sobre él, bajo él, es realidad. ¿Qué aspecto presentan estas realidades? Para tomar conciencia de ese rico mundo, enunciaremos cuatro frases claves, compendio de una pedagogía popular: el ser humano es y sigue siendo un ser limitado; un ser que está suspendido y oscila; un ser que busca; un ser infinitamente capaz de desarrollarse.

Por todas partes, está la realidad en la cual ese ser humano fue creado e inserto. Un ser limitado. Vemos la realidad y los límites. Tomemos el relato de la creación del hombre. Allí habla un Dios antropomórfico. El quiere manifestar un anhelo de su corazón. Cuando Dios quiso crear al hombre, no actuó tan rápidamente como con el resto de la creación. En ella dijo: Hágase, y se hizo. Cuando quiso crear al hombre, se sentó, se aconsejó a sí mismo y reflexionó: se trataba de algo especial. Y dijo: "Hagamos el hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza" (Gen 1, 26). Y creó al hombre. Tres veces se encuentra esta frase. Muestra los límites del ser humano. La frase muestra también la grandeza del ser humano. El hombre es una criatura, un ser que ha sido hecho. Esto suena como si hubiese sido escrito especialmente para la época actual. El hombre católico toma en serio toda la realidad, también con las limitaciones. No soy un ser sin limitaciones: no me corresponde comportarme como Dios. La Sagrada Escritura dice: *Ipse fecit nos et non ipsi nos*; él nos hizo, no nos hicimos nosotros.

El hombre cargado de realidad sabe que *homo sum; nihil humanum a me alienum puto*; soy hombre, nada humano me es ajeno. Soy una criatura creada por Dios, *eritis sicut Dei*. No podemos ser dioses. Debemos ser como Dios, semejanzas de Dios. El hombre debe estar colmado de esta dignidad. Debemos reconocer los límites, la dignidad y la grandeza de nuestra realidad. *Agnosce dignitatem tuam!*, conoce tu dignidad. Esto vale cuando se nos desprecia una y otra vez. Si el niño no tiene un traje dominguero se siente despreciado. Si hoy debemos llevar el atuendo de esclavos, debemos conocer mejor nuestra dignidad. Debemos tomar conciencia de que hemos recibido nuestra grandeza de Dios: *agnosce dignitatem tuam*. Debemos también percibir nuestras debilidades y aceptar nuestras limitaciones.

Al hombre moderno que se ha endiosado a sí mismo y que está enfermo, debemos decirle que el ser humano es y sigue siendo dependiente de Dios en el orden del ser. Debemos corresponder a la dependencia personal de Dios con la fidelidad hacia Dios. *Abalietas, adalietas*, somos de otro, para otro. El Dios personal necesita

complementación. Yo soy capaz de complementación y necesito la complementación por medio de otros seres humanos, por medio del otro sexo.

Dios creó la plenitud del ser humano en dos personas: deben encontrarse y complementarse recíprocamente. No llegamos a ser completos por entregarnos a una idea, sino entregándonos a una persona. El que no aprende a amar a una persona, se queda como un fragmento. El célibe renuncia al amor conyugal, pero no al amor. Los seres humanos que no pueden adaptarse a otra persona están atrofiados. Necesitamos una complementación. Solamente junto a Dios nos enriquecemos. De allí nuestra entrega a la voluntad de Dios, que ordena, aconseja, dispone, permite. Dios es la medida de todas las cosas. Si queremos seguir siendo seres humanos y dominar la vida, es necesaria la fidelidad personal a Dios.

La época actual, con la bomba atómica, no nos ofrece ninguna seguridad. Allí está la despreocupación católica que, como el pajarillo, en todo vuela hacia Dios que está por sobre todo. Así puedo permanecer sano. *In te Domine esperavi*, en ti, Dios, espero. Allí no hay una fisura de la conciencia. Yo digo: *Deus providebit*, Dios proveerá; nuestros abuelos decía: Dios lo hará. ¡Cuán profundo respeto debiésemos tener ante esas personas que dominan la vida con un sentido filialmente sencillo! Tras ellos está la sabiduría de Dios ¡Si fuésemos como los abuelos!

Antes, la atmósfera religiosa era más vigorosa. Actualmente, todo está laicizado, naturalizado. Por eso, adentrémonos en Dios. La persona humana es limitada. Vemos también las diversas riquezas en las cuales hemos sido creados. Por el cuerpo hemos sido creados en el reino de los minerales, de las plantas y de los animales. Así como Dios aprecia el cuerpo, yo también debo amarlo. Ante el cuerpo, yo tengo un profundo respeto y amor, pero también una sabia severidad. El pecado original entró también en el cuerpo. Con el alma soy acogido y cobijado en el reino del espíritu y, por la gracia, en el reino de Dios. Puedo participar de la vida del Dios trinitario; mi vida, en estado de gracia, es una imagen creada de la vida divina intratrinitaria. Todas estas cosas son realidades. ¡Con cuán profundo respeto debo estar ante mí mismo!

El ser humano es un microcosmos; *quedem modo omnia*, de alguna manera, es un todo. En el ser humano, todo encuentra su imagen. Por eso dice san Agustín que, cuando el Evangelio es predicado a los hombres, es predicado *omni creaturae*, a todas las criaturas. Y san Pablo dice que la criatura gime porque los reinos están confusos entre sí. El hombre ha destruido el orden entre los ángeles y los hijos de Dios. Por eso, en el hombre, se alza el animal contra el ángel. Toda la criatura sufre bajo el pecado. Así como el mundo es arrastrado al pecado, el mundo también es redimido por el hombre redimido. El ser humano es un ser limitado y, con sus limitaciones, se eleva a través de los grados del ser.

El ser humano es también un ser que está suspendido y oscila, es un ser pendular. A consecuencia del pecado original, el animal, el ángel, el hijo de Dios en el ser humano siguen sus propias leyes. Hay grandes hombres que han sufrido gravemente por esto. San Pablo dice: ¡yo, un pobre hombre! ¡Si estuviese libre del peso del cuerpo! ¡Hago el mal que no quiero! (cf Rom 7,19) Ahí tenemos al hombre quebrantado; a veces, el animal quiere asumir la hegemonía; luego, el ángel;

después, el hijo de Dios. ¡Cuán vivos están los tres! El ser humano cargado de realidad, el hombre católico! El da su sí a la realidad.

El ser humano es también un ser que busca. A veces parece que el hombre hubiese descendido al reino animal y enterrado todo lo demás. Pero, tarde o temprano, se despierta en él el impulso hacia Dios. El hambre de Dios nunca se sacia. Irrumpe siempre de nuevo, aun cuando durante años los instintos inferiores hayan dominado a la persona. En nuestras luchas y esfuerzos, tenemos un aliado en esa disposición natural del ser humano. Santo Tomás nos dice que el impulso hacia Dios es más grande que el instinto que nos vuelca hacia nosotros mismos. Así, la humanidad encuentra nuevamente el camino hacia Dios cuando ha corrido tras el alimento de los puercos. Y san Agustín dice: "¡Oh Dios, tú nos has creado para ti y nuestro corazón estará inquieto mientras no descanse en ti!" . Yo he salido del Padre y vuelvo al Padre.

El ser humano es un ser que busca; por eso hemos de dar gracias a Dios. Todo el que tiene ese anhelo de Dios debe dar gracias a Dios de rodillas. Bienaventurado el que tiene hambre y sed de Dios, no sólo de comer y beber, pues será saciado.

Como seres humanos debemos descubrir nuestra grandeza dando expresión a nuestro anhelo de Dios. La Edad Media podía pecar gravemente, pero esa dura Edad Medida podía también hacer duras penitencias. Para nuestras mujeres vale esta frase: *Ecce ancilla Domni, no viri*, he aquí la esclava del Señor, no del hombre. Como ser humano, cargado de realidad, debo ver la vida, enfrentarla y descifrarla.

El ser humano es capaz de desarrollarse infinitamente; en primer lugar, el animal en el hombre. Hemos experimentado hasta la saciedad la bestialidad y la brutalidad. Vemos hasta dónde es capaz de llegar el ser humano. Por otra parte, encontramos una intocabilidad consumada, espiritual y corporal, que comprendió todo como una piedra sillar sobre la cual se podía ascender hacia Dios.

En cada uno de nosotros hay un criminal, un demonio y un santo. Somos capaces de desarrollarnos infinitamente. ¡Qué hacer? Sólo necesitamos ponernos enteramente en manos de la gracia y estar enteramente cargados de realidad. Las estrellas, las plantas, los ríos y arroyos, los animales y seres humanos son realidades. Por ello debemos alegrarnos. Pero todas estas cosas son valores intermedios. La última estación es el Dios vivo.

No debo adorar una cosa intermedia. Esta sólo debe servir como estímulo -pero puedo amar a otros seres humanos, o me puede gustar comer y beber; recuerden las bodas de Caná- y debe llegar a tener una función de transposición. Todo debe conducirme hacia Dios. ¡Si quiésemos aplicar esta ley a la vida práctica! Dado que la función de atracción no se convierte en función de transposición, las cosas deben desengañarnos. San Agustín interrogaba a todas las cosas: ¿Eres tú el último eslabón, la plenitud de la realidad? Y todo respondía: Yo no lo soy, *superius ascende!* ¡Sube más alto!

Podemos amar a las criaturas, pero no debemos esclavizarnos a ellas. Los esposos deben amarse, pero no deben convertirse uno en el ídolo del otro. De acuerdo con

la ley de la transposición, ellos deben conducirse mutuamente hacia Dios. Aquel que ama al otro en Dios, -ése es el amor, el amor que lleva hacia el otro- tiene también un profundo respeto por otro; ésa es la línea que se retira. Un amor que carece de un profundo respeto se tornará mañana en un amor insípido; ya no será más un amor que causa alegría. La función de transposición debe seguir funcionando. ¿Por qué Dios se preocupa del desengaño? Nosotros experimentamos desengaños de los seres humanos, de nosotros mismos y de las cosas. ¿Por qué Dios nos lo ha quitado todo? Cuando Moisés vio cómo los hombres adoraban el becerro de oro, tuvo que destruirlo. Así debemos entender también a Dios en la actualidad. El tiene que quitarnos las cosas por amor. Las cosas son valores intermedios, pero no valores últimos. ¡Cuántos actualmente ya no entienden a Dios y le vuelven la espalda cuando actúa así! "¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos... y no quisiste! (cf (Lc 13, 34)

Como educadores del pueblo, hoy debemos crear al hombre católico. Esa es la única Biblia que el hombre lee y consulta: la vida de los cristianos. Por eso debemos esforzarnos por representar la auténtica imagen católica del hombre. Debemos aprovechar todas las derrotas para que las cosas nos acerquen más a Dios. "Más cerca de ti, mi Dios. Que ése sea mi lema y mi pendón".

El Dios trinitario es una realidad. María y los santos son una realidad. ¿Soy yo un hombre cargado de realidad? Si lo soy, vale para mí el saludo "pax vobis". *Pax est tranquillitas ordinis*: la paz es la tranquilidad en el orden. *Tranquillitas Deus tranquillat omnia*; la tranquilidad de Dios, todo lo tranquiliza. Así es el hombre católico.

Sabemos cuán inmensamente rica es la realidad en que vive el hombre católico, sea que piense en sí mismo o en el mundo que hay sobre él. Todo está cargado de realidades. El hombre católico vive de estas realidades. No todos ven estas realidades. El órgano por medio del cual percibimos estas realidades es la fe. Nosotros, los católicos, nos sentimos como en casa en las realidades sobrenaturales, porque consideramos propia una marcada vida de fe. Creemos en cosas que otros no ven. Creemos, a la luz de la fe, en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Nos mantenemos inconmoviblemente firmes en los caminos, con las disposiciones y la conducción de la divina Providencia.

Pablo dice: Mi justo, mis fieles, mis discípulos, mi familia parroquial, todos ellos tienen también una capacidad de percepción sensible, un entendimiento marcadamente claro. Ante todo, un órgano para la fe muy marcado.

Pensemos en el Dios trinitario. ¿Quién nos descubre la realidad? ¿Quién nos convence de la existencia del Dios trinitario? Sólo el órgano de la fe. Pensemos en el cuarto grado del ser, en la participación en la naturaleza divina, lo cual permite que viva en nosotros el Dios trinitario. ¿De dónde proviene lo que sabemos de estas realidades? ¿De la experiencia personal? Si es así, ¿no están expuestas a engaños estas experiencias?

Quien examine el gran orden del mundo establecido por Dios, puede decir que es posible que yo, como ser humano, pueda tomar parte en la naturaleza divina; es probable y posible que exista este estrato en mí. Dios es un Dios del orden y así

como nosotros participamos de toda la naturaleza creada, ¿no es entonces probable que más arriba y afuera haya también vida divina que nos permita participar a nosotros, como criaturas y corona de la creación, en la vida divina?

Sí. Dado que yo, al observar exactamente las cosas, experimento en la vida diaria que en los seres humanos obra un poder divino. Por ejemplo, si conozco la trayectoria de las estrellas, es posible que una estrella se desprenda y siga un curso propio; es también posible que haya personas de dimensiones extraordinarias -por ejemplo los santos- en el curso de cuyas vidas se cruza un poder divino. Todas estas cosas son sólo especulaciones, dan ciertas seguridades, pero no son suficientes si queremos construir nuestras vidas sobre la base de la realidad de la comunidad del ser con Dios.

¿Quién nos da la convicción de que participamos de la naturaleza divina? "El justo vive de la fe"(Hab 2,4). El órgano de la fe es lo decisivo, lo determinante. Esto es lo que decide en toda la línea. ¿De dónde proviene el hecho de que en este mundo de realidades nos sintamos tan poco en casa, tan poco familiarizados? Es porque el ojo de nuestra fe se ha enfermado. Estamos dotados de sentidos, somos seres humanos sensitivos. Y mientras menos poseemos, tanto más quisiéramos tener, tanto más codiciosos somos.

El órgano del entendimiento puede tener alguna formación, de modo que acogemos y comprendemos verdades espirituales, pero el órgano de la fe se ha enfermado completamente. Tenemos riquezas, pero no sabemos qué hacer con ellas. ¿No debiera ser nuestra gran tarea rezar así: "Señor, aumenta mi fe"? ¿No debiésemos permitir que se nos eduque para llegar a ser hombres de fe? ¡Qué alegría sería si pudiese decirse de nosotros: Bienaventurados porque han creído!

Cuando yo era niño, el mundo estaba lleno de ángeles guardianes. ¿No era esto algo evidente? ¡Qué alegría daba eso! El niño vive de la realidad sobrenatural. Por eso tenemos tan pocas capacidades: somos muy poco niños. Quien no crece y se adentra con todas sus fibras e impulsos elementales en el mundo sobrenatural, crece y se adentra rápidamente y con ímpetu en el mundo animal. Sólo quien vive de la fe puede comprender los sucesos universales. La fe es el órgano por el cual alcanzamos el reino sobrenatural.

De esta manera, hemos tendido el puente hacia el segundo punto. Escuchamos que el hombre católico es el ser humano cargado de realidad, que sólo puede captar la realidad a través del órgano de la fe.

ii. Una realidad jerárquicamente estructurada

Hay una escala de la realidad. Hay cosas en las cuales existe poca realidad consolidada. ¿Cuál es para nosotros la mayor realidad de la vida? Para nosotros, el Dios eterno e infinito es la última y más alta realidad. Si queremos educarnos según la gran ley de que el ser determina lo que debemos hacer, lo que queremos y podemos hacer, quiere decir que no hemos de descansar hasta que el Dios vivo sea una realidad para nuestra vida personal. Por eso, los antiguos decían que Dios es la medida de todas las cosas. O bien, todas las cosas sólo tienen valor en la medida en

que participan en el ser de Dios, en la medida en que representen un destello de la realidad de Dios. Ese es el orden jerárquico en que debemos vivir. Las cosas tienen tanto valor en cuanto sean una imagen de Dios. Esa es la única medida.

¿De dónde proviene el hecho de que el Dios vivo no sea lo que debiese ser? El ojo de mi fe se ha enfermado. Si el ojo de mi fe tuviese la calidez que ofrece el Dios vivo, entonces también caería la luz divina sobre la gran confusión de las actuales circunstancias y también sobre mis circunstancias. A partir de Dios se resuelven todas las preguntas. Con qué agrado quisiéramos preguntar cuál es el sentido de toda esta insensatez. ¿Quién nos resuelve todos estos problemas del tiempo actual? ¿Quién nos descorre el velo del misterio del mundo? Ayer dijimos que debíamos luchar por el Dios de la vida. El debe enseñarnos a poner, en todas partes, las escaleras en este tiempo marcadamente apocalíptico y a aplicar el criterio del Apocalipsis.

Ese es el cuadro que tenemos ante nosotros. Es una época en que nos rodean penurias apocalípticas y en la cual anda suelto el demonio, que es una realidad en la historia universal. El demonio es también el gran agente de los grandes acontecimientos de la historia universal. El Dios vivo descansa durante este tiempo apocalíptico, en el cual el demonio celebra un aquelarre. Si borramos al demonio de la historia universal, no nos podemos explicar esta época. El ronda como un león rugiente buscando a quién devorar.

Hay épocas de pensamiento y vida cristianas en las que nos olvidamos que existe un demonio. Tratamos de explicarlo todo en forma meramente natural. Si queremos explicar la inhumanidad y crueldad de esta época, remitiéndonos a lo deleznable que es la naturaleza humana a causa del pecado original, quiere decir que no hemos observado correctamente la vida. Es verdad que buena parte del mal que hacen los seres humanos puede explicarse por lo deleznable que es la naturaleza humana caída, pero estas terribles crueldades deben ser explicadas categóricamente por la existencia del demonio. La naturaleza humana no puede estar tan deteriorada como para que todas las crueldades se expliquen por ello: un principio monstruoso tiene que regir a los seres humanos. Esta época es una época en extremo diabólica. "El demonio ronda..." Hay en la historia universal poderes que obran desde el trasfondo y se manifiestan en una época apocalíptica.

¿Qué aspecto presentan estos poderes del trasfondo? No son sólo los seres humanos, sino que la luz de la fe que nos ilumina desde el Apocalipsis, comprueba que éstos, los seres humanos, son sólo instrumentos en manos de los poderes del demonio o del Dios vivo. Así podemos ver también a los hombres que actualmente están bajo la luz de las candilejas. Están poseídos por Dios o por el demonio.

La luz de la fe nos muestra también que las crueldades y terribles penurias de esta época están previstas por Dios. Consultemos el Apocalipsis. Allí vemos que el Cordero tiene en las manos un libro con siete sellos. Allí están especificados los golpes del destino sobre la Iglesia. Cuatro sellos fueron abiertos por los cuatro jinetes apocalípticos. Cuatro jinetes apocalípticos galopan por el mundo. Esos son los jinetes que galopan a través del pueblo y de la patria germanos. El primer caballo es la guerra de tan apocalípticas dimensiones, que hemos dejado atrás pero en la

cual aún estamos sumergidos. Si alguna vez la guerra ha sido expresión de una época apocalíptica, lo ha sido, ante todo, la guerra pasada. Esta guerra fue definida como una guerra total, que movilizó todas las fuerzas e hizo brotar en el ser humano todas las crueldades posibles. El segundo, tercer y cuarto jinetes son las revoluciones, el hambre y la peste. ¿Nos damos cuenta de que vivimos en una época apocalíptica? Sin embargo, ella ha sido prevista desde toda eternidad por la divina Providencia e insertada en su plan.

El quinto sello se abre. Entonces, aparece un altar y bajo el altar, los huesos de los mártires asesinados, que claman y exigen una justificación y reivindicación ante la opinión del mundo. Del mismo modo, los mártires del tiempo pasado quisieran también ver reparado su honor manchado ante la opinión de todos en el mundo entero. Pero reciben una áspera respuesta: estad tranquilos por el momento; el número de los mártires aún no está completo; sólo entonces seréis justificados.

¿Qué significa esto para nosotros? Nos explica y revela completamente que el tiempo apocalíptico exige de nosotros el espíritu de los mártires y estar dispuestos a derramar la sangre y darlo todo en aras de la verdad.

Estos son los poderes que obran en el trasfondo. De un lado, Dios; del otro, su contrincante, el demonio, que obra de manera similar a Dios, que compite por conseguir instrumentos. La gran lucha del tiempo actual es la lucha de Dios y del demonio por las almas de los seres humanos. Si Dios es para mí el valor más alto, debo ponerme entonces sin reservas en sus manos y ser su instrumento.

A partir de aquí cae mucha luz sobre el sentido de la historia universal. El sentido de los sucesos universales es el retorno del mundo hacia Dios. El sentido del curso apocalíptico de los sucesos universales es la aceleración del retorno hacia Dios. ¿Nos da una respuesta a estas quemantes preguntas el hecho de detenernos un momento y reflexionar sobre las palabras "retorno a Dios"? Percibimos entonces la lucha de la fe contra la incredulidad. La fe en Dios empuja el retorno hacia Dios; la incredulidad acelera el alejamiento de Dios. De un lado vemos un acelerado retorno hacia Dios; del otro, una acelerada apostasía.

Si observamos a los hombres, vemos a aquellos que no se dejan doblegar por las dificultades de la época. Sin embargo, muchos no se inclinan ante Dios. Estos réprobos son endurecidos aún más por los sucesos mundiales. Los elegidos encuentran el camino de retorno a Dios de una manera más profunda e íntima. ¿A quién queremos pertenecer? Si Dios es para mí lo último en la escala de las realidades, es evidente entonces de que, en la práctica, Dios pasa a ser para nosotros la medida de todas las cosas y ya no necesitamos convencernos más. Hemos de elaborar esta idea: el sentido de los sucesos universales es el retorno acelerado hacia Dios.

Pensemos en los golpes que hemos recibido del destino. Se nos ha incendiado la casa o nuestros seres queridos han muerto. Debemos retornar más rápidamente hacia Dios. Si vemos las cosas desde Dios, vemos que él quiere salir a buscarnos para que volvamos hacia él. Regreso triunfante de los elegidos, por Cristo, en el Espíritu Santo, hacia el Padre. Vistas las cosas desde nosotros, los golpes del

destino significan esto: el espíritu de fe nos dijo que el Padre Dios lo utiliza todo, también al demonio, para que seamos llevados más rápidamente hacia su corazón. ¿Cómo reacciono ante esto? Deseo volver; regreso a Dios. Un regreso acelerado y triunfante, tal como Cristo que salió del Padre y vuelve también al Padre. Ese es el sentido de mi vida. El regreso a Dios es el sentido de todos los golpes del destino.

El regreso encierra en sí una triple actividad:

- *Un anhelo triunfante de llegar hasta Dios, porque*
- *El anhelo desea ser coronado con el hecho de hallar el camino hacia el corazón de Dios.*
- *Entonces debo conducir al mayor número posible de personas, de regreso al corazón de Dios.*

Ese es el sentido de mi actividad educadora y también de la autoeducación. No logramos desprendernos de Dios. Dios es y sigue siendo la medida de todas las cosas. Ese es el aspecto que presenta el orden jerarquizado de la realidad. Y Dios está siempre en la cúspide.

Si pensamos nuevamente en los sucesos universales, nos planteamos esta pregunta: ¿Qué importancia tiene Cristo en los sucesos universales? El Dios trinitario es la realidad, pero hay todavía otras realidades. Primeramente está Cristo: él es también una realidad. Dado que en esta realidad están unidas la naturaleza humana y la divina, Cristo es también una persona divina. Él está como Dios en la cúspide de las realidades. Por eso, también su posición está en la cúspide de la vida de mi alma. ¡Cómo debiera girar siempre mi alma en torno a Aquel que dijo de sí mismo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"! (Jn 14,6)

¿Qué nos describe el Apocalipsis acerca de Cristo? El Padre está sentado en el trono. De él mana toda vida y vuelve de nuevo hacia él. Hay además un elemento quieto en el más allá: El que está sentado en el trono. Hay además un trono que no vacila: Es Dios Padre. El Padre ha entregado las riendas de los sucesos universales en las manos del Hijo Unigénito. Esto lo presenta el Apocalipsis de manera muy hermosa. Juan, el vidente, quisiera ver los destinos de la Iglesia. Se le señala el libro de los siete sellos y se entera, entretanto, de que nadie puede abrir ese libro de los siete sellos. Entendemos que el autor del Apocalipsis llora, porque él ansiaba que se quitase misteriosamente el velo de los sucesos universales y ahora se ve decepcionado respecto de lo que esperaba. Entonces se le dice: Este Cordero será degollado; es Cristo, el glorificado, pero también el crucificado. Este Cordero puede abrir el libro. Este Cordero tiene conocimiento de los planes del Padre y la misión de cumplir los planes del Padre. Así es como Cristo está en el centro de la historia universal. (cf Ap 13,8)

Se había aceptado un cristianismo sin un Cristo vivo. ¿También nosotros hemos hecho a un lado a Cristo? ¿Cómo se representa la actividad de Cristo en los sucesos universales? ¿Quién abre el sello? Cristo. Es decir, no hay guerras, pestes, revoluciones, etc., sin que el Padre lo permita por medio de Cristo. Detrás de todo

está Cristo y ejecuta todos los planes del Padre. ¿Cuándo derramarán los ángeles el balde de la ira de Dios sobre el mundo? ¿Quién da la señal para ello? Cristo. ¿Percibimos la posición de Cristo en el orden jerárquico también? Entonces debemos reconocer y coronar también a él como rey. Quien quiera distinguirse por estar a su servicio ha de estar y tiene que estar a su lado. San Pablo dice: El Padre ha dado al Hijo el cetro y el Hijo trata de allegar a sí a los hombres y cuando todos pertenezcan al Dios vivo y de la manera más perfecta, entonces habrá llegado el fin del mundo. Entonces se alza Cristo hacia el Padre y pone el mundo entero a sus pies, y entonces el Padre será todo en todo. (cf. 1Cor 15, 24-28)

¿Percibimos lo que Cristo significa en la jerarquía de la historia universal y cómo el hombre católico da su sí a ella? ¿Cuál es el sentido de los sucesos universales mirados desde Cristo? ¿Qué actividad debo reconocer a Cristo? Debo servirme de todos los acontecimientos para decidirme nuevamente por Cristo, y los acontecimientos más difíciles deben estimularme a decidirme nuevamente por Cristo, por una elección interior libre y voluntaria. Aquí estamos nuevamente ante dos dimensiones de la libre voluntad: de la facultad de decisión y de la libre decisión. Dios está a la espera de mi facultad de decisión. Cuando los duros sufrimientos permiten que nos quebreemos interiormente, ¿hacia dónde tiende el corazón? ¿No nos convertimos en desertores?

El sentido de los sucesos universales, de mi vida y de mi voluntad, es que todos los sucesos de mi vida me pongan nuevamente en manos del Señor. Por eso nos esforzamos en toda la línea por tomar en serio este pensamiento: el hombre católico es el hombre cercano a la realidad y cargado de realidad, en una realidad jerárquicamente estructurada.

El Dios vivo hizo de Cristo el gran luchador en los sucesos universales y el triunfador sobre el demonio. Al fin del mundo, logrará una completa victoria. Debemos participar de su espíritu de lucha, de sus sufrimientos y de su victoria. ¡Qué felicidad es saber que algún día triunfaremos! Puede que yo perezca, pero la causa que sirvo es la que triunfará.

Cristo triunfará. En los sucesos universales, Dios, aparentemente, se deja derrotar y superar. Es posible ganar todas las batallas y, sin embargo, perder la guerra. Cristo es arrojado de muchas posiciones. Después de que el demonio haya revuelto todo, aparecerá Cristo sobre el corcel blanco, como el rey, el campeón que ha logrado la victoria y que ha derrotado al demonio. Entonces habrá llegado el fin del mundo. *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*, Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera. Este es el Cristo en cuyas manos nos ponemos. Cada acontecimiento debe ser una decisión por o contra Cristo. ¡Oh, Señor, queremos jurar tu bandera nuevamente!

La imagen católica del hombre está jerárquicamente estructurada. Vemos cómo el Dios trinitario, el Padre y Cristo, son una realidad y han previsto que también su Madre represente una realidad propia y perfecta. Ella dio la vida al Redentor. El la llamó para que fuese su esposa y colaboradora permanente y lo secundase en sus batallas. ¿Acaso no lo indica así todo en el tiempo actual? ¡Piensen en Fátima! A través de todo lo que dicen y acentúan los Papas, Dios quiere llamar la atención

sobre María y acentuar el hecho de que él es la última realidad y que todo se agrupa en torno a Cristo. El ha llamado a su lado, como su Colaboradora permanente, a la Madre de Dios. Ella es la que da muerte y aplasta a la serpiente. En el Apocalipsis se consuma el final: Cristo, por medio de ella, destrozará la cabeza de la serpiente; por medio de ella, la que dará muerte a la serpiente, le quebrantará la cabeza.

Si estoy cargado de realidad, debo reconocer también la realidad objetiva y, por lo tanto, también a la Madre de Dios y decir entonces "sí", para que ella acepte en mi vida el lugar que ocupa en el orden del ser objetivo.

Jerarquía de las realidades. Por cierto que también los santos y los ángeles son realidades. Ellos tienen un lugar en la historia universal. Si descendemos a la tierra, allí continúa el mundo de las realidades. En primer lugar, está la vida divina en nosotros, los seres humano. Yo debo apreciar esta vida divina. "¿De qué le sirve al hombre...?" La vida divina nos es obsequiada por medio del bautismo y aumenta por la acción divina. Esta vida divina es más valiosa que cualquier otra cosa. Esta es la vida perfecta en este mundo. ¡Qué no han hecho los santos para superar los pecados graves! Porque el pecado grave es la muerte de la vida divina. El pecado venial es una disminución de la vida divina en nosotros. Quien tiene un órgano abierto para la luz de la fe se atiene a las realidades.

Siguen ahora los valores espirituales de las realidades: verdad, justicia, amor. Debo ver en la realidad sobrenatural un bien extraordinariamente grande. El Señor y los santos nos han dado un ejemplo con sus vidas. La pregunta de Pilato: ¿qué es la verdad?, está hoy en los labios de todos. Eso lo preguntan todos. Sólo la verdad nos hace libres. El que vive según la verdad lucha en toda la línea por la verdad objetiva. El hombre moderno ya no tiene un órgano para la verdad. Ya no puede emitir ningún juicio claro. La educación para la verdad es, por lo tanto, una gran exigencia. Pero también debe ser reconocido el bien, lo que es moralmente bueno. Pensemos en la salud corporal, etc. Todos los valores sensibles y económicos deben ser incorporados y ordenados dentro de los valores divinos.

Por lo tanto, con razón, podemos decir que el ser humano, cargado de realidad, vive también en una realidad estructurada jerárquicamente.

iii. Una realidad estructurada y configurada de manera homogénea

Dado que Dios está detrás de todo, la realidad, según su índole, también debe ser eficaz para conducir al ser humano hacia Dios y contribuir a ello. Todos los bienes están estructurados de manera homogénea según la ley que dice: las cosas existen para el ser humano y el ser humano existe para Dios. Todo debe servir al hombre, todo debe tener una función de transposición. Todo debe conducirlo hacia el corazón del Dios omnipotente. *Dei sum*; pertenecemos a Dios; todo es de Dios; todo va hacia Dios; Dios es la cúspide de la escalera de la verdad. Dios debe llegar a ser cada vez más la medida de las cosas.

La imagen del hombre católico se nos descubre cada vez más. Debemos contraponer al hombre ajeno a la realidad con el hombre cargado de realidad. Hay una realidad extraordinariamente rica, una realidad estructurada de manera

jerárquica y homogénea. ¿Nos damos cuenta, tal vez, desde qué profunda seguridad se ha llevado esta realidad al caos espiritual?

Las cosas son así: todo ser determina lo que debe ser. Por eso llevamos en nosotros una carga de inquietud: porque ya no tenemos una clara manera de pensar, por eso nos faltan también las ideas más profundas, cohesionadas y definidas. No creo que la salvación para nuestro pueblo consista en volver a los tiempos antiguos. Nuestra manera de pensar debe conocer las causas primeras y las causas segundas. Si no las admitimos, no podremos discutir con el hombre moderno. Debemos fijarnos hoy en no ser demasiado naturales ni demasiado sobrenaturales. Por una parte, no debemos volvernos demasiado sobrenaturales, puesto que mañana seríamos demasiado poco naturales.

La cultura moderna exige un reconocimiento de valores propios. Ambas cosas, la naturaleza y la gracia, deben estar siempre armónicamente vinculadas entre sí. Si miramos hacia atrás, nuestro entendimiento debe estar asentado en una profunda tranquilidad, porque percibe que, en ninguna parte, violenta la realidad. Creemos en el ángel de la guarda, en la Madre de Dios; hacemos algo por amor a la Santísima Virgen. El amor a María sólo significa dar un "sí" de todo corazón a su posición objetiva en el plan de la salvación. Si se nos demuestra que todo está fundado en el orden de ser objetivo, su norma objetiva es norma para nuestro modo de actuar subjetivo.

¿Nos damos cuenta de lo que esto aporta para la unidad del pensamiento? ¿No es una desgracia que hoy nos desgaremos porque giramos en torno a nosotros mismos? Debemos girar siempre en torno a Dios. El es el gran Dios del orden y por eso ha creado también seres como reflejos suyos, a los cuales rige según la gran ley del gobierno del mundo. Debo vincularme al Padre y a la Madre. Dios quiere obrar siempre a través de causas segundas y nos transfiere a nosotros sus derechos y sus cualidades. Así es como transfiere a mí su actividad educadora en interés del niño. Me ha transferido algo de sus cualidades y derechos. De la ley de la transferencia debemos hacer una ley de la transposición, del ahondamiento.

Así puede esclarecerse también el sentido del cuarto mandamiento. ¿Qué nos indica el cuarto mandamiento? Dios permite que mis padres participen de sus cualidades. Por lo tanto, para el niño debe regir también la ley de la transferencia orgánica. El niño transfiere a los padres lo que debe dar a Dios. Esto rige respecto del ángel de la guarda, respecto del amor a los enemigos, etc. Debemos tomar en serio los valores intermedios.

Quien sigue la corriente de los pensamientos que fluye tranquilamente, quien se esfuerza por hacer suyos estos pensamientos, no se deja inducir a error. ¿Se funda esto en el orden de ser objetivo? Por eso juntos debemos alegrarnos de ser ahora personas cargadas de realidad y de poder vivir en una realidad homogénea y estructurada jerárquicamente.

El hombre actual necesita esa tranquilidad que da el fundamentarse en pensamientos últimos y claros. Todos necesitamos esa tranquilidad. Al ser humano le agrada esta manera de pensar que se remonta hasta los valores más altos.

1.2.2. El hombre sediento del más allá

Otra característica del hombre anticatólico: es el hombre que huye del más allá. Se evade del más allá, de la realidad sobrenatural, del Dios trinitario, de los ángeles, de la Madre de Dios, del nuevo cuarto grado del ser. Es justamente el hombre que huye del más allá. No posee ningún órgano para la fe y lo rechaza todo. Nosotros afirmamos que el hombre marcadamente católico es el hombre que anhela el más allá o el hombre sediento del más allá. Tiene hambre y sed del más allá, de los poderes que actúan en el trasfondo. El anhela estos poderes últimos que actúan en el trasfondo, con todo su amor y fervor.

No olvidemos que el mundo actual quiere hacer de esta tierra un cielo. ¿Cuál es el resultado? Hace de la tierra un infierno. En la medida en que vea y aprecie el cielo y lo haga descender, la tierra se convierte en un trozo de cielo. La apostasía del más allá es desintegración. Esto ya lo hemos oído pero no lo hemos tomado en serio.

Algo fundamental: Debemos hacer del apóstol Pablo el intérprete de nuestras ideas. El nos enseña y vive esto: "Vuestro peregrinar sea en el cielo" (Fil 3,20). También nuestro peregrinar. El hombre católico está en el cielo, pero ser católico significa sentirse en casa en dos mundos, ser ciudadano al mismo tiempo de dos mundos. Es difícil estar enteramente en este mundo y enteramente en el mundo del más allá. Vuestro peregrinar sea en el cielo. Esta frase era muy empleada tiempo atrás. Roma dominaba entonces el mundo y el gran anhelo era imitar la vida de la capital en las pequeñas ciudades. Todos los actos y fiestas de Roma debían servir de modelos para las fiestas en las ciudades de las provincias. Se trataba de revestir este empeño bajo esa forma: Vuestro peregrinar sea en Roma; debéis seguir a Roma en la moda, en el culto, etc. Pablo es un artista del lenguaje. El toma la frase de Roma y la refiere al cielo. Llenó esta frase con pensamientos cristianos: "Vuestro peregrinar sea en el cielo".

¿Qué aspecto tiene la capital para los cristianos? Ella es el cielo. Es así como nuestra vida debe ser configurada tal como la vida en el trono de Dios. Esto es una posición profundamente sobrenatural. ¿No nos damos cuenta, si damos una mirada hacia atrás, cómo nuestros abuelos dominaban la vida? ¡Cómo estaban en la tierra del más allá! "Bienaventurados los que tienen hambre y sed, pues serán saciados." (Lc 6, 21)

¿Qué significa estar sediento del más allá? Significa:

1. *Ver todo desde el más allá.*
2. *Mantener la más íntima vinculación, inspirada por el amor, con todas las personas del mundo sobrenatural.*

Los seres humanos son siempre sólo un reflejo de las personas del mundo sobrenatural, con un profundo amor a Dios de todo corazón. Aquí giramos en torno a las verdades más centrales, a nuestra experiencia de Dios.

1.2.3. El hombre que domina las cosas de este mundo

Una tercera característica del hombre anticatólico: es un ser humano esclavizado por este mundo porque no conoce el más allá; sólo conoce este mundo. Por eso se ha esclavizado.

¿Qué aspecto presenta el hombre católico? ¿Es el hombre que huye de este mundo? Esto no es enteramente exacto. No es el ideal católico huir de todo. Algunas personas pueden estar llamadas a huir de este mundo para que a los demás seres humanos les sea más fácil usar de las cosas de este mundo, gozar de ellas pero también estructurarlas. Por eso el hombre católico es el que domina las cosas de este mundo.

Tiene poder sobre las cosas de este mundo, está en este mundo de manera creadora, le da forma, se deja unir, despertar, atraer y relajar. No se deja esclavizar por él. "Llenad la tierra y sometedla" (cf Gen 1,28). El hombre católico debe ser creador en todos los ámbitos. Debemos aferrarnos a estas ideas como a principios fundamentales.

También en los círculos sacerdotales hay muchos que están cansados de la vida; quisieran retirarse a la sacristía; rezan su breviario y piensan así: "¡Arréglenselas ustedes por su cuenta! La cuestión social no nos interesa". Sería hermoso no tener nada que ver con la política. Pero esto no está bien. La tarea de la liturgia consiste en transfigurar y consagrar de nuevo el mundo presente para que pierda una parte del pecado original.

Humanamente, esto es comprensible. No es fácil hoy estar en medio de la vida. Muchos dirán: "No hay que meter las manos; basta con que venga un nuevo gobierno". No; se necesita valor para intervenir con vigor en la vida. El hombre católico debe intervenir con vigor y estar presente en todo. El quiere y debe influir en las cosas de este mundo. Por eso decimos que el hombre auténticamente católico es el santo de la vida diaria, el que sabe también buscar a Dios en la vida diaria y dominar la vida cotidiana. Está en medio de la vida y se esfuerza por la santidad. Es santo el que vive santamente. No huir sino ir al mundo desde el tabernáculo. No retirarse a la sacristía. Y esto también, precisamente, para dominar la vida. Esto no es el resultado de mi experiencia sino el profundo contenido de la encíclica de Pío XI sobre la educación.

Toda corriente dentro del marco del catolicismo debe dar su asentimiento a estas cosas. La encíclica mencionada no se cansa de señalar que el hombre católico debe estar activo en todo. Lo que el Santo Padre proclama ahora se refiere siempre a lo mismo: No retirarnos ni reservarnos sólo para lo meramente religioso. El protestante puede apegarse a Dios en su cuarto porque, en la naturaleza, ya nada puede cambiarse... También en el mundo católico existen tales criterios, pero son falsos. Pongo en guardia a determinados círculos para que no adhieran a estos criterios. Si me enredo en el error de pensar que Dios está separado de la vida, el demonio será entonces desalojado por Belzebug.

Dejémosnos instruir por santo Tomás. Si dentro del cristianismo yo quiero retirarme, eso no sería una manera cristiana de pensar. Si me quedo en el error de pensar que Dios está lejos de la vida, es como echar al demonio por medio de Belzebug. De allí

que haya una seria responsabilidad por preocuparnos de que exista un sano pensamiento católico. Recordemos que este curso sólo debe ser una introducción fundamental al mundo de los valores católicos. Hemos ya logrado mucho sólo si comprendemos que nuestro ser determina el querer y su aplicación a nuestra vida.

Si damos una mirada retrospectiva, hay dos imágenes que hemos constatado:

Por una parte, *la imagen anticatólica del hombre*: el hombre que ha abandonado el cristianismo y a Dios, el hombre despersonalizado, sin ética, y que no está en armonía consigo mismo. Y, por otra parte, *el hombre lleno de Dios*, con una fuerte personalidad, radicalmente ético, profundamente espiritual y cabalmente armónico.

Por una parte, el hombre anticatólico como un hombre ajeno a la realidad, que huye de la realidad y está esclavizado por las cosas de este mundo. Y por otra parte, el hombre católico como un hombre cargado de realidad, sediento del más allá y que domina las cosas de este mundo. Aprobaremos muchas cosas, pero no podemos llevarlas todas a la práctica.

1.3. Tercera contraposición

El hombre moderno anticatólico es el hombre autónomo y que se ensalza a sí mismo; es ídolo de sí mismo; se manda a sí mismo y se desgarr a sí mismo.

El hombre auténticamente católico es el hombre que ensalza y adora a Dios de manera auténtica.

1.3.1. El hombre que ensalza a Dios

Aquí percibimos una cantidad de cuestiones. Yo debo ensalzar a Dios, no ensalzarme a mí mismo. Debo tocar dos problemas: Nosotros, los que nos desempeñamos en la educación de la juventud, creemos haber descubierto el huevo de Colón si logramos explicar que los mandamientos de Dios quieren asegurar el bien de nuestra naturaleza. Que los mandamientos de Dios son una estructura protectora de nuestra naturaleza es una noción que el mundo moderno ha perdido.

Supongamos que el octavo mandamiento no existiese. Si experimentásemos en nuestro tiempo que la mentira se encarna en todas las cosas, la vida no sería soportable. Pero no debemos pasar por alto una cosa: los mandamientos han sido dados por Dios para que el ser humano pueda inclinarse a ciegas ante la eterna sabiduría. Hemos de ver ambas cosas. Y si tampoco vemos esto, si no vemos siempre, incluso si lo vemos, nos cuesta aceptar que se diga que Dios ha dado los mandamientos para yo me incline ante él. *Adsum*.

Nuestra lucha es un intento de ver al ser humano como el centro del mundo, pero Dios es y sigue siendo la medida de las cosas. Por eso nos inclinamos y decimos "sí" a los mandamientos y deseos de Dios.

Una cierta aspereza en la educación no puede hacer mal a nadie. Estamos poseídos por el propio yo. ¡Es una lástima! ¿Qué debemos hacer? El hombre católico es y sigue siendo el hombre que ensalza a Dios. La majestad de Dios nos lleva a

inclinarnos ciegamente ante él, a que tengamos todavía sentido para apreciar al hombre heroico, a quien yo también debo representar. Se exige heroísmo. La sumisión del entendimiento. El régimen nazi exigía hombres heroicos: la meta era el animal feroz.

Debo dejar que mi vida gire en torno al Dios trinitario. Si percibimos que aquí se trata de la entrega a Dios, de ensalzar a Dios, quiere decir entonces que hay todavía algo en el alma que quisiera decir "sí" o "no".

¿Cómo está actualmente la fidelidad católica a la ley? El ser humano se ha vuelto demasiado mecanicista en su manera de pensar cuando se trata de la ley. El alma del varón está hoy más enferma que el alma de la mujer. El ser humano católico hace que todo amor a la ley y toda fidelidad a la ley desemboquen en una fidelidad para con el legislador. La entrega a la ley es expresión del amor y de la entrega al legislador. Vemos que hay una ley sobre nosotros y nos inclinamos ante el ordenamiento de la ley, pero olvidamos que detrás está el legislador que es Dios.

¿Por qué un niño bueno obedece a los deseos de sus padres? Porque, tras esos deseos, ve a sus padres. La ley no debe ser separada de la persona del legislador. Entre nosotros, el pensamiento de la mujer es con frecuencia demasiado personal, está demasiado teñido de subjetivismo. El pensamiento del varón es demasiado drástico y está más basado en ideas.

Queda en pie el hecho de que el amor a la ley es expresión del amor al legislador, que es Dios. Debe insertarse allí una cierta vinculación personal. Quien es educado al amor por medio de la ley se convierte en su propio legislador en pequeño. He asumido en mí de tal manera la actitud del legislador que yo, a partir de ella, puedo darme una ley a mí mismo.

Pensemos en los miembros de las órdenes religiosas. Por ejemplo, en los trapenses. Ellos no podrían llevar a la práctica sus costumbres allá afuera. Por eso se unen en una comunidad. Cuando han ascendido hasta el propio Legislador supremo, pueden dejar de lado las antiguas formas y darse a sí mismo una ley. ¿Quién de nosotros puede decir que se ha educado de esta manera a sí mismo y a sus discípulos? También la fidelidad a la ley nos hace libres.

Si queremos saber claramente cómo podemos ensalzar a Dios con los deseos y la voluntad, sólo necesitamos dejarnos influir por el ejemplo de la Madre de Dios y el del Redentor. Ellos se pusieron por entero a disposición de los deseos y de la voluntad paterna de Dios. "Es la voluntad de Dios, por lo tanto, estén tranquilos". El Señor ve en todo la voluntad del Padre y eso es también la gran tarea de nuestra vida, en la oración, el trabajo y el sufrimiento. "Ora y labora". Una parte integrante esencial es el sufrimiento. Su oración es un girar constante en torno al deseo del Padre y, del mismo modo, su trabajo, sus sufrimientos. "Lo que alegra al Padre es lo que hago siempre".

El sufrimiento; todo el sufrimiento del Señor es algo maravillosamente hermoso: el sufrimiento del Señor en el Monte de los Olivos, así como el de la Madre de Dios. ¿Cómo se comportaron ambos? Las horas en el Monte de los Olivos son las más

duras, porque el sentimiento ya no experimenta ningún contrapeso ante el sufrimiento. Cuando ya no hay más contrapeso y el ser humano está expuesto brutalmente al sufrimiento, solo podemos guiarnos por los ejemplos de Jesús y de su Madre.

¿Cómo se comportó el Señor? "Padre, si es posible..." (cf Lc 22, 41) ¿Y la Madre de Dios? "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?" (Lc 2, 48) Sin embargo, "Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya". "Su madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón". (Lc 2, 51). Sin horas misteriosas como las del Huerto de los Olivos, no podremos salir adelante en la vida. Percibimos en todas las cosas y detrás de ellas la manera de ensalzar a Dios.

1.3.2. El hombre que adora a Dios

El hombre moderno anticatólico es el hombre que hace un ídolo de sí mismo, que se adora a sí mismo. En cambio, el hombre auténticamente católico es el hombre que adora a Dios. Esta es una de las actitudes esenciales del hombre católico: la adoración, es decir, estar abierto con profundo respeto ante los valores; estar abierto ante toda la realidad.

¿Quién de nosotros puede educarse a sí mismo si no tiene una actitud de profundo respeto? ¡Con cuánta falta de respeto se ha pasado por encima de aquellos marcados por la vida, de aquellos que están enfermos! La adoración es la actitud más esencial del hombre católico. Respeto profundo ante la mujer, ante el hombre, ante el niño; respeto profundo, sobre todo, el más profundo respeto también por el niño menor de edad, por los enfermos y ante toda realidad.

Adoración en un sentido amplio. Todo valor es un reflejo del Dios vivo. Adoración con profundo respeto en un sentido más restringido: oramos ante la infinita majestad de Dios, el Dios incomprensible. Adorar a Dios significa reconocerlo como el Altísimo y ponernos enteramente en las manos de ese Dios infinito. A partir de aquí queremos dejar caer una luz sobre la actitud en la santa Misa, sobre el significado de la genuflexión.

Frente al hombre que se adora a sí mismo, oponemos al hombre que está en una actitud de adoración ante cada valor.

El hombre que se apoya en su propio poder es reemplazado por el hombre que, en virtud de su vinculación con Dios, es poderoso y pujante y no se apoya en su propio poder. El ser humano católico conoce su propia debilidad, pero también todo lo puede en Aquel que lo fortalece. "El que busca el amparo del rostro del Altísimo nada teme". Muchos se han apoyado en lo que pueden hacer ellos mismos. "Por mí mismo, yo nada puedo".

1.3.3. El hombre que es poderoso en Dios

Hay que tomar una nueva posición ante el Logos y el Ethos. En primer lugar, ante el Logos; el ser vinculado al poder de Dios. Desgraciadamente, nos faltan hombres

verdaderamente católicos que encarnen y vivan lo que creen. Si ya no creemos en la primacía de la verdad, quiere decir que ya no tenemos hombres católicos.

Yo acepto la existencia del Logos. Es santo el que vive santamente. El Logos y el Ethos se vinculan entre sí. El hombre moderno no se preocupa de la verdad. Nosotros queremos buscar la verdad, encarnarla y vivirla. El acto debe seguir a la palabra. Al principio era el Verbo, pero debe seguir el acto.

El hombre que se desgarr a sí mismo es el hombre anticatólico. Se desgarr porque se ha desligado de Dios. "¡Cuán grande, oh Dios, has creado al hombre!" . Por lo tanto, las personas pueden decidirse. Hemos de exclamar humildemente pero jubilosos: "Aquí estoy y educo hombres según tu imagen, según la imagen de Cristo".

El medio educacional más importante de todos es el ideal. Quien quiera formar a otros debe esforzarse también por representar él mismo esa imagen. Nuestro ideal es: aquí estoy y educo hombres según la imagen que Dios tiene del ser humano.

2. La imagen católica del hombre desde una visión bíblica

Ahora queremos hacer caer la luz de la Sagrada Escritura sobre la imagen del hombre y ver la imagen católica del hombre iluminada por la Biblia.

2.1. En el Antiguo Testamento

Si se trata de algo profundamente conmovedor sobre la imagen del hombre, contamos que en la Sagrada Escritura habrá muchísimas sugerencias. Por eso tratamos de saborear los salmos, lo que ellos tienen que decirnos sobre la imagen del hombre específicamente querida por Dios. Es esto una tarea extremadamente fructífera.

¿Qué pueden decirnos sobre la imagen católica del hombre?

Escojamos el salmo 8. Allí tenemos la manera de estudiar al hombre en cuanto tal, según el Antiguo Testamento, con comparaciones auténticamente populares. El salmista se inclina ante la infinita grandeza del Dios vivo, que nos lleva en sus manos, y desde allí él ve la pequeñez del ser humano que, sin embargo, es superior a todo. Es el rey de la creación, que sobrepasa en grandeza a la cumbre más alta, a los animales, a las plantas.

¿Qué puede decirnos el Nuevo Testamento sobre la grandeza del ser humano, sobre el cuarto grado del ser y de la vida, sobre la participación en la vida divina intratrinitaria? Debemos admirar al ser humano.

Leamos el Salmo 22. El buen Pastor: su sabiduría se consume para servir al hombre. También el Antiguo Testamento se maravillaba ante la grandeza de la imagen del hombre. Mientras más crecía el aprecio por Dios, tanto más crecía también el aprecio por el hombre. Dios es lo más grande de todo, infinitamente más grande. Así comparamos todo lo creado con el ser humano y decimos: *Homo semper maior*: el ser humano es infinitamente más grande.

Así nos movemos en el ámbito conocido que recibe también la influencia del Antiguo Testamento. El ser humano sólo es más grande porque puede ser medido con el Dios infinito. Miremos a nuestro alrededor. ¿Cómo nos inclinamos ante este esplendor? El ser humano es más grande. El ha de ser comparado con Dios, como la imagen natural más perfecta posible de Dios.

El Antiguo Testamento asciende por tanto desde el reino mineral hasta las plantas y los animales y acentúa que todo esto es grande, pero ¿qué significa ante la grandeza del ser humano? Si nosotros tuviésemos todavía esta alta autoestima, se nos concedería gratuitamente la actitud de profundo respeto y adoración. *Deus semper magnus*. Sin embargo, nosotros estamos demasiado inclinados a preguntar: ¿para qué sirve todo esto?, en vez de inclinarnos, con profundo respeto, ante el valor que representa el ser humano, pequeño pero tan grande.

Sí, desde el punto de vista católico y por nuestra participación en la vida intratrinitaria, ante el individuo en particular, en la medida en que esté revestido de lo sobrenatural, debemos decir que el ser humano es más grande que los ángeles. Como hemos de aceptar que los ángeles también tienen vida divina, el salmista se atreve a decir: "Has elevado al hombre casi a la altura de los ángeles".(Sal

Quien quiera tener conciencia del propio valor, tiene que llevar dentro de sí algo de la grandeza de su ser. El ser humano no es una pieza de una máquina; es infinitamente más grande que todo lo creado. El ser humano es un reflejo espiritual de Dios, del Dios espiritual. El Antiguo Testamento no se cansa de ver al ser humano como reflejo de Dios; lo mide con Dios. Así podríamos continuar. Dios dijo: "Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza" (Gen 1, 26). Anteriormente destacamos las limitaciones del ser humano; ahora su semejanza. El es una imagen natural y sobrenatural de Dios.

Esta atmósfera la encontramos nuevamente en los salmos. Por ejemplo en el salmo 8. Quien quiera saber algo de Dios, debe partir desde el ser humano. "¡Señor, Dios nuestro, qué glorioso es tu nombre por toda la tierra! Quiero cantar tu majestad que se alza por encima de los cielos. Por boca de los niños, los que aún maman, afirmas tu fortaleza frente a tus adversarios (...) Al ver tu cielo, hechura de tus deseos, la luna y las estrellas, que fijaste tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides? Apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor..." (Sal 8, 2, 4, 6). La grandeza del ser humano es medida en todas partes según la grandeza de Dios. "Le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies: ovejas y bueyes, todos juntos, y aun las bestias salvajes y las aves del cielo, y los peces del mar, que surcan las sendas de las aguas".(Sal 8, 7-9). Ahora todos los animales domésticos reciben un nombre.

Después de haber descendido desde Dios hasta el ser humano, ahora, a la inversa, subamos hacia Dios. Ese es el cántico de alabanza que el hombre entona a la infinita grandeza de Dios. De esta manera, podemos interpretar una gran cantidad de salmos.

2.2. En el Nuevo Testamento

Si dejamos caer la luz del Nuevo Testamento sobre la imagen del hombre, podemos recibir una gran cantidad de sugerencias, incluso de los protestantes. ¿Cómo han configurado y formado ellos la imagen del hombre? Como educadores del pueblo, ¿no tenemos que ser también profetas para el pueblo? ¿No tenemos que estar preparados; no tenemos que renunciar a muchas ventajas económicas y, más bien, entregar nuestra vida en aras de esta misión? El buen pastor es el que da su vida por las ovejas. ¿Qué imagen debemos presentar como buenos pastores? El mal pastor quiere deshacerse de las ovejas; sólo quiere sacar ventajas de sus ovejas; huye... El buen pastor busca a la oveja, se entrega a ellas; le interesa el bienestar de las ovejas.

¿Qué imagen del ser humano tiene presente el Señor en sus parábolas? Podríamos también examinar las cartas de los apóstoles y los evangelios y procurarnos muchos elementos que nos ayuden a clarificar la idea querida por Dios de la imagen del hombre.

Ante nosotros tenemos una gran tarea. Pensemos a fondo en ella para poder configurar la imagen del hombre.

¿Cómo ve el apóstol Pablo la imagen del hombre? ¿Cómo la concibe él? Su concepción es muy propia y muy profunda. Es como un tizón ardiente que lo pone incandescente por dentro. Yo puedo y debo ayudar a configurar la imagen del hombre. Tal vez podemos caracterizarla con una frase: Cristo en nosotros, con nosotros, por nosotros, o en Cristo Jesús. Esa es la *nova creatura*, la nueva imagen del hombre que a veces tiene ante sus ojos, para formarla y para lo cual Dios nos lo envió. Cristo en nosotros, por nosotros, con nosotros; una comunidad de ser, de vida, de obra y de tarea. Esa es la nueva imagen del hombre.

Ese es el hombre nuevo que, también nosotros, podemos formar en nosotros y en nuestros seguidores. Este ideal del hombre nuevo debe también motivarnos para realizar los mayores sacrificios en aras de una comunidad de vida, de trabajo y tarea con Cristo.

Leamos un momento algo de la encíclica de Pío XI y veamos cómo enfoca él la meta de la educación. Escucharemos otras frases, pero, sin embargo, el núcleo es el mismo: "La meta propia e inmediata es la colaboración en la educación..." El verdadero cristiano debe vivir la vida sobrenatural en Cristo. ¿Qué aspecto presenta el perfecto cristiano? Es el perfecto Cristo. Debemos trabajar con Pablo a fin de que cada uno crezca hacia la plenitud de la edad de Cristo.

¿Qué quiero lograr con la educación de mi hijo? Debe llegar a ser apto para la vida. Tenemos el órgano y la tarea y no debemos descansar mientras los niños no hayan adquirido verdaderamente la figura de Cristo. Los míos deben crecer hasta adentrarse en la vida de Cristo y adquirir la plena figura de Cristo. Estas son también preguntas del examen de conciencia: ¿hasta qué punto mis seguidores han crecido adentrándose en Cristo?

Nuestra meta es y sigue siendo el Cristo total. En la edad adulta debemos estar enteramente enfocados hacia el Cristo pleno con nuestro entendimiento y nuestra

voluntad. No como en el campo de concentración donde ya no se tenía voluntad. Mi actitud como educador la expresa Pablo con estas palabras: "Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros" (Gal 4, 19). De esta manera, Pablo exige una profunda maternidad como fundamento para el educador y también para una vigorosa y auténtica paternidad.

Por lo tanto, el auténtico educador debe encarnar una paternidad fuerte y vigorosa y una profunda maternidad. En la medida en que yo sepa que soy un reflejo de Cristo, seré el representante de Dios para el educando. El educador también debe asumir una actitud maternal; es necesario que exista una cierta tensión y unidad entre la actitud paterna y la actitud materna. Entonces comprenderemos lo que dice san Agustín: "Tenemos la osadía de llamarnos madres de Cristo". Los miembros de Cristo claman por una madre. Aquellos por quienes Cristo clama en sus miembros somos nosotros. A partir de la semejanza con Cristo, debiésemos llegar a la semejanza con la Madre de Dios. El educador no debería ser solamente *alter Christus*, sino también *altera Maria*. Esa es la gran tensión y unidad entre paternidad y maternidad. Por eso las madres pueden hacer grandes sacrificios por el hijo que llevan en su seno.

El pensamiento central es éste: Cristo en nosotros y nosotros en Cristo. Esa es la eminente imagen del hombre.

Nos atrevemos a introducirnos entre la multitud y la masa de judíos en el foro de Pilato y le oímos decir: *Ecce homo!* ¡He aquí el hombre! Allí está ante nosotros el hombre lacerado, deshonrado; la imagen última, absoluta, obligada para todos. Esa es la imagen absoluta del hombre. *Ecce homo!* Y cuando comparo al Señor con nosotros y con muchos seres humanos a mi alrededor, veo una imagen desfigurada, Cristo es la imagen absoluta del ser humano y nosotros, imágenes desfiguradas. Entonces resulta verdad nuevamente aquello de que "el que soy saluda tristemente al que debiese ser".

Nos volvemos nuevamente hacia Pilato. *Ecce homo!* No pasa mucho tiempo y entonces vuelan nuestros pensamientos hacia Aquel que nos señala el camino. Cristo es mi gran ideal de vida; el fundamento de mi vida, mi forma de vida.

2.2.1. Cristo, nuestro ideal de vida

Aquí se abre un gran mundo de reflexiones. Vemos absolutamente la imagen católica del hombre, el ideal de vida. Cristo es el ideal para el ser humano que ha elevado su naturaleza, que es completo en su naturaleza y que impone sacrificios a su naturaleza.

Miremos de nuevo y profundamente el rostro de Cristo. El es total y absolutamente Dios. Nos preguntamos: ¿Es Cristo el hombre elevado en su naturaleza? *Et verbum caro factum est*, y el Verbo se hizo carne. Este hombre, elevado en su naturaleza, es Dios y hombre en una misma persona. El ideal del hombre es llegar a ser una imagen del hombre elevado en su naturaleza. También mi naturaleza debe ser elevada.

Miremos una vez más el rostro de Cristo. ¡Cómo está él allí, como Rey de la verdad! El terminó su obra: "¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no has querido!" (Lc 13, 34)

¡Qué profundidad de sentimientos en su vida!

Ecce homo! El es el ideal de quien ha elevado su naturaleza, pero también del ser humano completo en su naturaleza. Veo en él un cuerpo destrozado; es la imagen del ser humano que se ha sacrificado. El hombre que ha impuesto sacrificios a su naturaleza es el ideal de vida que podemos y debemos encarnar.

¿Qué debo hacer para llegar a este ideal? Recordemos la gran verdad de que al ser humano no le son suficientes las ideas para llegar a la perfección sino que ésta se trata del contacto con otro ser personal. Sólo el ser humano que se entrega encuentra la perfección de su ser. Es decir, sólo el amor personal, con su fuerza que unifica y asemeja, está en condiciones de transformar al ser humano.

Ecce homo! Ese es el destino humano que debo abrazar para ser configurado como él. La intimidad con Cristo es el camino para asemejarse a Cristo. La vida diaria comprueba que estar entregado personalmente a una persona conlleva dos peligros: esclavizarse ante esa persona y desengañarse de esa persona.

Primero, el sentido de la criatura consiste en desempeñar una función de transposición y de desengaño. Para que nosotros gravitemos en torno a Dios y nos formemos una imagen de Dios, tenemos que entregarnos a él. ¿Por qué nos desengañamos de los seres humanos? Para que, en último término, sólo adoremos a Dios. Si nos entregamos a él, no necesitaremos temer ningún desengaño.

Ecce homo! He aquí el hombre de quien no necesitas temer tal desengaño. Porque este ideal es Dios mismo. No necesitamos temer ningún desengaño porque todo lo grande y lo noble es propio de él.

Ecce homo! Ama a este hombre, regala tu corazón a este Dios y a este Hombre. Recordemos a los muchos seres humanos que en la vida nos desengañaron con tanta frecuencia. El sentido de la función de desengaño es siempre una función de transposición. "Mi Dios y mi todo".

Segundo, el peligro del ser humano de esclavizarse. Todo amor natural es un peligro y un medio que nos mantiene encadenados. Transitoriamente, todo amor puede pasar por tal esclavitud. Respecto de Cristo, no necesitamos temer tal esclavitud. Si lo amamos, experimentamos algo de la infinitud de su amor. Nuestro amor se hace amplio sólo a partir de Dios. Nuestro amor es infinitamente grande cuando no puede ser satisfecho. Mi capacidad de amar es infinitamente grande y amplia y debe crecer en el amor a Dios. Por lo tanto, no tenemos nada que temer.

Si vemos correctamente quién es el *Ecce homo* y lo interpretamos como el gran medio para estar íntimamente vinculados, no nos equivocamos al preguntar qué clase de amor queremos obsequiar al Señor. Debe ser un amor que tenga una fuerza formadora, que nos llame a caminar junto al hombre que sufre; tiene que

darnos la fuerza y el valor para encarnar al hombre que impone sacrificios a su naturaleza. Estas formas especiales del amor han demostrado tener una constante fuerza formadora. El amor del discípulo por el maestro ha obrado muchas cosas; tiene una gran fuerza formadora.

El Señor es Maestro. Si queremos ser sus seguidores, nunca nos extraviaremos. Una gran fidelidad como seguidores genera una gran fuerza formadora. Cristo es nuestro jefe. El nos ha precedido en el camino hacia el Padre. El fue el gran jefe. ¡Con qué facilidad el jefe se convierte en seductor! El no nos desengañará nunca.

¿Qué aspecto presenta la fuerza formadora que puede desarrollarse por el amor al *Ecce homo*? El amor nupcial, el amor que proviene del fondo del alma, el amor del niño, etc., están cargados de fuerza formadora. El Señor puede acoger todo tipo de amor.

El amor nupcial. La Sagrada Escritura es muy cautelosa cuando se trata del amor nupcial. Sólo al final de su vida, el Señor abre su corazón a los discípulos en la oración sacerdotal. En ella, nos deja mirar lo que sucede dentro de su corazón, delante del Padre y del hombre.

Sólo el cántico final del Apocalipsis revela a Cristo como el Esposo que ama desde lo profundo de su corazón. Ha llegado la boda de la Esposa con el Esposo. Sin trabas le entregamos el amor.

En el matrimonio, la esposa ve a Cristo en el esposo. Este amor debe hacer que nuestra alma arda en llamas de amor hacia Cristo, el Esposo, el *Ecce homo*. Cristo es capaz de acoger nuestro amor nupcial pero también nuestro amor filial y nuestro amor de amigos. "Yo os llamo también mis amigos". ¿Acaso no nos ha obsequiado todo? La gloria del cielo. El fiel amor de amistad tiene una fuerza formativa. El es también capaz de acoger nuestro amor filial. ¿No debemos aprender de él este amor? ¿No hay dentro de nosotros un fuerte rasgo de la fisonomía del niño?

La expresión *Ecce homo* adquiere su pleno contenido. Por eso debemos arrodillarnos ante el Hijo del Hombre y contemplar en él la imagen del ser humano con el sello de Dios y permitir que nos muestre el camino para encarnar esa imagen. A partir de esto entenderemos también a Don Bosco.

¿Qué significado tienen la Eucaristía y la comunión frecuentes? Un girar permanentemente en torno a Cristo, un desposorio con el amor de Cristo.

Ecce homo! He aquí el hombre a quien ha de pertenecer todo mi amor en el futuro. *Ecce homo!* ¿Nos damos cuenta de que ello significa inclinarse también ante la dignidad de la Madre a quien él debe su encarnación?

Por eso, tampoco debemos tener reparo en dejarnos conducir hacia Cristo por la Madre de Dios y por él hacia la imagen del ser humano querida por Dios. Nos ponemos una vez más junto a Pilato: *Ecce homo!* He aquí al hombre. Sabemos lo que ello significa. Cristo es nuestro ideal de vida, el ideal del ser humano que ha

elevado su naturaleza, del ser humano completo en su naturaleza y del ser humano que impone sacrificios a su naturaleza.

i. Cristo, el ideal de hombre que ha elevado su naturaleza

Cristo es Dios y hombre en una sola persona. Los Padres antiguos no se cansaban de basarse en esto cuando decían que Dios se había hecho hombre para que el hombre llegara a ser Dios. Nosotros diríamos más bien que Dios se hizo hombre para que nosotros fuésemos divinizados. Dios asumió la naturaleza humana para que nuestra naturaleza fuese inserta en su ser.

Aquí hemos de quedarnos. Se trata de una elevación tan profunda de nuestra naturaleza hacia lo divino que el Señor ni siquiera se atrevió a anunciar esta verdad durante su vida, porque los apóstoles no estaban todavía preparados para ello. Sólo cuando él emprendió el camino hacia el sufrimiento, llamó la atención sobre el hecho de que él quería estar con los suyos a semejanza de la vid y los sarmientos. Dijo: "Yo soy la vid y vosotros, los sarmientos" (Jn 15, 5). Estas palabras contienen tres pensamientos:

- *Igualdad en cuanto miembros.* Yo y vosotros; Cristo y los apóstoles y, a través de los apóstoles, todos aquellos a quienes Cristo ha insertado en sí mismo por medio del bautismo.
- *Igualdad en la raíz.* Los sarmientos en comunidad orgánica con la vid. De no ser así, se hacen infecundos, es decir, la unidad vital entre Cristo y nosotros por medio del santo bautismo se simboliza así.
- *Igualdad en las consecuencias.* Se quiere expresar cuán profunda y misteriosa es esta unidad de vida y de comunidad de vida con Cristo.

Aspecto negativo: quien no está en una misteriosa y vital comunidad de amor con Cristo es comparable con el sarmiento que está separado de la vida, que está seco, que es estéril y por ello esta rama seca es arrojada al fuego. Quien no vive con Cristo es infecundo, realiza obras que no son meritorias y será lanzado al fuego como el sarmiento seco. El Señor ama a todos los seres humanos auténticos. "Sin mí, nada podéis hacer". El exige que estemos profundamente unidos a él, con todo nuestro ser.

Aspecto positivo: Quien está unido a la vid da muchos frutos. El Padre poda la vid. Si estamos incorporados a Cristo, no debemos pensar que estamos libres de sufrimiento sino que debemos ser semejantes a la vid. San Pablo dice: "Yo completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24).

Esto no quiere decir que el Señor no haya sufrido lo suficiente, que el mérito de su redención no baste, sino que significa hacernos iguales a él. Si ambos, la vid y el sarmiento, están unidos misteriosamente, el destino de la vid debe ser también el destino del sarmiento. El sufrió; nosotros también debemos sufrir. El fue glorificado;

nosotros también seremos glorificados. El resucitó; nosotros también resucitaremos. Esa es la gran ley, la misteriosa biunidad. El Padre une la vid a él mismo.

Dado que estamos incorporados en Cristo, el Padre nos trata como a su Hijo. El Padre poda; el Padre, no el demonio. El Padre lo hace. El sabe aprovechar las incitaciones del demonio. El ser humano debe estar enteramente lleno de Dios; debe llegar a ser el hombre de elevada nobleza. Por eso, el Padre poda la vida, a fin de que dé más frutos, para que la savia de la vid penetre más. ¿Comprendemos el significado del gozoso mensaje de estar incorporados en Cristo? La verdad de nuestra "divinización" también debe darnos alas.

¡Con cuánta sabiduría procedemos al creer que el gran órgano que nos capacita para entender la realidad es la fe! Debido a que nuestra fe se ha tornado tan tibia, tan anémica, tan débil, nuestra vida está muy enferma. ¿Quién de nosotros está compenetrado de esta verdad: Nosotros somos Cristo?

San Agustín dice que el hombre redimido es Cristo. Nosotros somos Cristo. "Saulo, ¿por qué me persigues? Por lo tanto, no dice que cuando persigues a los míos es *como si* me persiguieses a mí, sino que con ello quiere dar a entender la bi-unidad, nuestra misteriosa incorporación a Cristo. Esta es la actitud del cristianismo primitivo.

Hasta se osaba decir que si alguien calumniaba, había calumniado a Cristo. No podemos hacer fácilmente la separación. La sentencia del Juez supremo es muy severa: Tuve hambre y me diste de comer... De esta manera el Evangelio representa esta verdad: tú me has encontrado... El Señor apunta a la bi-unidad. "Lo que tú haces al más pequeño, a mí me lo has hecho". "Tú me has dado la ropa que me faltaba". Por eso, "¡Señor, aumenta mi fe!"

La calidez que debiera existir en la familia, donde un ser humano se vincula con otro en una unidad, esta calidez sólo es posible cuando estamos inconmoviblemente convencidos de que nuestro crecimiento se da en unión con Cristo. Cristo en nosotros y nosotros en Cristo. El ideal del ser humano elevado en su naturaleza es estar incorporado a Cristo. Nuevamente debe darse forma en Cristo a la transparencia de lo creado. Si caminamos a la luz de la fe, debiésemos sentir el aroma, ver lo específicamente católico de ese estar incorporados a Cristo.

San Pablo tiene otra imagen favorita: la cabeza y los miembros. Así como la cabeza y los miembros están ensamblados en una bi-unidad orgánica, así también nosotros estamos unidos a Cristo por medio del bautismo.

Otra imagen: se vale del rito del bautismo. ¿Hacia dónde apunta él? Quien se bautiza está ante nosotros como el que se sumerge en el agua; él recibe la vestidura blanca. Ello recuerda la resurrección. En primer lugar, todo el rito tiene un carácter simbólico. ¿Hacia dónde apunta? Hacia la relación entre Cristo y el que es bautizado; éste se sumerge en el agua. Cristo está sumergido en la tumba. El que se bautiza surge, se pone la vestidura blanca: ello recuerda al Señor resucitado y glorificado.

Con frecuencia, sucede que ya no entendemos esta ceremonia. Debemos poner las grandes verdades centrales en el gran espacio vital. Entonces sabremos que el rito del bautismo tiene un carácter sacramental. El bautismo nos regala lo que expresa su rito, es decir, la vida del Señor que ha muerto y que ha resucitado. Por lo tanto, el bautismo hace posible la participación esencial en la vida de Cristo que sufre, muere, resucita y es glorificado.

Siempre debemos retener firmemente estos grandes y profundos pensamientos centrales. Permanecemos siempre dentro del mismo círculo. Por consiguiente, el Señor está ante nosotros como el hombre que ha elevado su naturaleza.

La participación en la naturaleza divina es obra del sacramento del bautismo que es una participación en la vida divina intratrinitaria. Entendemos que en nosotros habita el Dios trinitario. El Padre engendra en nuestra alma al Hijo y al Espíritu Santo. Estas son verdades, son misterios a partir de los cuales debemos vivir. Dominamos tan poco la vida porque no tenemos o tenemos muy poca fe.. "¡Bendito seas porque has creído! ¡Señor, aumenta mi fe! Es por ese motivo que, por medio del bautismo, experimentamos una elevación de nuestra naturaleza, de nuestro ser.

Ecce homo es la imagen del ser humano que ha elevado su naturaleza. ¿Prácticamente, en qué consiste esta elevación de nuestra naturaleza? Queremos referirnos a la participación en la vida gloriosa del Señor. En nosotros arde un fuego singular. ¿Cómo se manifiesta la participación en la vida gloriosa del Señor? Las cualidades de la vida gloriosa del Señor deben llegar a ser aquí en la tierra las cualidades de nuestra alma glorificada. Nuestro cuerpo participa de la vida gloriosa del Señor hasta que contemplemos a Dios.

¿En qué medida mi alma bendecida por la gracia, mi naturaleza elevada, han crecido adentrándose en esa elevación? ¿En qué medida participo de la glorificación del Señor? Los expertos en dogmática dicen que el cuerpo glorificado del Señor tiene cuatro cualidades.

Primera cualidad: Su desplazamiento sin limitaciones. El Señor ya no sufre más bajo la pesantez de su cuerpo. La Sagrada Escritura dice: Súbitamente desapareció ante sus miradas. Por lo tanto, puede desplazarse sin limitaciones.

Por el bautismo, nuestra alma participa en la vida glorificada del Señor y debe anhelar también que se le obsequien estas cualidades. Mi alma también debe tener estas cualidades. ¿Cómo ha de interpretarse esta glorificación? Como una apertura y receptividad del alma para lo divino. Nuestra alma debe ser tan receptiva y sensible como una cera blanda, para permitir que se imprima en ella la imagen de Cristo.

San Buenaventura dice que si no vivimos en gracia, poco a poco iremos cayendo en la muerte espiritual. Es decir, esta pérdida de movilidad ante Dios y ante lo divino se parece a la muerte del cuerpo. Este es un criterio para darnos cuenta de que la muerte está cerca: el cuerpo del moribundo pierde progresivamente la movilidad de la lengua, de las extremidades y deja de oír. Esta es la imagen opuesta al efecto de la idea de la glorificación.

Yo también pierdo el habla ante Dios. ¡Cuántos de nosotros se quejan de que la juventud ya no tiene un órgano para lo divino! Esta es una amarga constatación. Por lo tanto, a la juventud ya no le gusta en absoluto una atmósfera sobrenatural; la juventud ya no vive en lo divino. San Pablo dice que la gracia ya no es percibida en su propia luz.

Una pregunta. A pesar de las preocupaciones terrenales, ¿tengo todavía un órgano, tengo todavía movilidad, para lo divino? Para muchos, la gran tragedia es que las preocupaciones, las necesidades y aflicciones, llegan a un grado tal y son tantas, que ellos son absorbidos por ellas y ya no están abiertos ante Dios.

Puede ser que se haya cometido innumerables y graves pecados en este estado, o en un estado de tibieza; con frecuencia, ya no se tiene un órgano ni una receptividad para Dios y lo divino. Ojalá fueses frío o ardiente, es decir, un gran pecador o lleno de amor a Dios. En la medida en que, según estos indicios, he crecido adentrándome en la vida glorificada del Señor, participo en su vida glorificada, en la movilidad ante lo divino.

Segunda cualidad: La inmaterialidad. Esta da al cuerpo glorificado del Señor la capacidad de atravesar las paredes. Súbitamente, él se presenta ante los apóstoles. Es así como el cuerpo del Señor participa también de esta cualidad.

¿Se asemeja mi alma al cuerpo del Señor? Mi alma debe apropiarse progresivamente de esta cualidad y asemejarse a la vida glorificada del Señor. Esto significa que debo ser tan sobrenatural que siempre permanezca con mi espíritu y mi alma junto a Dios y que habite en el cielo. "Vuestro peregrinar sea siempre en el cielo". ¿En qué medida se realiza esto en mí? ¿Vivo con mi entendimiento, con mi voluntad, con mi corazón en Dios? ¿Cultivo el intercambio de amor con Dios en el curso del día? ¿Es esto posible hoy? Esto no sólo es válido para las comunidades enclaustradas. A menudo sabemos justificarnos; no nos planteamos exigencias porque no sabemos qué es lo que corresponde a la imagen católica del ser humano. Esto pertenece a la esencia de un auténtico católico, y no sólo a la vida de un convento.

Si mi naturaleza se ha elevado, tal como se ha desarrollado Cristo, estaré cobijado en la voluntad de Dios. Sabemos que la vida del cristiano es la vida de Cristo. Esto es propio del católico. ¡Cuán abierto hacia el Padre estaba Cristo siempre! Esto vale también para mí, sea rico o pobre. Son las verdades que se han hecho muy poca vida en nosotros. Lo peor es esto: que el hombre católico está en los libros pero no en la vida; tal vez se encuentra en el pueblo sencillo, pero no entre los intelectuales.

Lo que anteriormente denominamos "creer", intercambio de amor con Dios, engarza aquí. Con la fe veo a Dios en todas partes y sé aprovechar todas las situaciones a partir del amor y ofrecer los sacrificios correspondientes que el amor exige de mí, a fin de que Cristo se configure en mi vida. Doy a Cristo la oportunidad de vivir nuevamente su vida glorificada en mí.

¿Se va revelando progresivamente la imagen ideal del hombre católico?

Ecce homo. Cristo es el ideal del hombre que ha elevado su naturaleza. ¡Con cuánta frecuencia se nos ha hablado de la vida a partir de la fe, la esperanza y la caridad! ¿Qué importancia práctica tienen en nuestras vidas las virtudes teologales? La inmaterialidad de la vida glorificada del Señor ha de llevarnos a una forma de pensar llena de Dios. Esto se da mediante la acción de las tres virtudes divinas y de los dones del Espíritu Santo.

Tercera cualidad: El gozo permanente. Los teólogos se preguntan si el Señor podía sufrir. Ellos dicen que sólo pudo sufrir como por milagro. Sufrió al punto de sudar sangre. El cuerpo y el alma fueron duramente atormentados. Sufrió mucho y, después de su resurrección, la *visio beata* inundó todo su cuerpo, todo el ser humano. Todo fue sumergido en un gozo permanente. Esto se convierte también en una medida de la elevación de mi naturaleza. ¿Cómo es mi alegría permanente también en el sufrimiento?

La alegría permanente es un rasgo esencial del hombre católico. Pablo escribió una y otra vez: "Alégrense siempre y por cierto que siempre en el Señor" . Por eso, la actitud esencial y fundamental, la permanente e íntima alegría, la alegría espiritual, la alegría que proviene desde el interior, no consiste en que debamos esperar que no sea necesario participar en los sufrimientos de la vida del Señor. Debemos tomar parte también en los sufrimientos de la vida del Señor. En la vida del Señor, el sufrimiento y la glorificación se desarrollan paulatinamente. En nosotros éstos deben desarrollarse al mismo tiempo. Nuestra tarea es desarrollar al mismo tiempo el germen de la participación en el sufrimiento y el germen de la participación en la vida glorificada del Señor.

También el Señor, durante su vida, estuvo lleno de gozo. Nosotros hacemos una distinción entre la alegría del domingo y la alegría del día de trabajo. El gozo del domingo: nuestra vida afectiva está compenetrada de ardor y de entusiasmo. No pueden ser así todos los días, no se puede experimentar este entusiasmo todos los días. ¿Acaso el Señor conocía también estos gozos del domingo? Lo más importante para él era el gozo del día de trabajo; era un vocero del gozo y antes de sufrir explicó: "Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla! (Lc 12, 50). "Les he dicho esto para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea colmado". (Jn 15,11)

¡Cuánto gozaba el Señor con la naturaleza, durante su vida, en la vida diaria! Estaba lleno de alegría; con frecuencia, ésta fluía en su conversación. En su profunda intimidad, su alma estaba llena de gozo por lo creado. También estaba al corriente de las cosas domésticas; siempre resuena algo que trae alegría. La leyenda cuenta que cuando todavía era niño, los otros niños de Belén lo buscaban y decían: "Vamos donde el Niño Jesús para nos alegremos nuevamente..." Pero, sin embargo, el Señor soportó la carga de la vida diaria. El redime, se adapta a las cosas pequeñas; por su misión, padeció y sufrió. El bien supremo era siempre Dios. En medio del sufrimiento, es alegría conformarse con la voluntad de Dios, apoyarse en Dios en todos los sufrimientos. Entonces, en todo sufrimiento hay alegría.

La educación para la alegría espiritual debe ser uno de los elementos esenciales en el sistema del educador católico. Sabemos que la alegría es un instinto primordial de

la naturaleza humana. Dios es el gozo, porque es el amor. Por lo tanto, quien no aporta sol ni alegría a las personas los abandona en brazos del demonio. Eso lo saben nuestros enemigos y, por eso, ofrecen mucha alegría. Si además hacemos difícil el ser católico y no somos portadores de la alegría y no anunciamos el Evangelio como un mensaje de alegría, se despiertan los instintos más bajos del ser humano y el apetito por comer el fruto prohibido.

¿Cómo está la alegría en mi hogar? ¿Hay allí atmósfera de una auténtica alegría católica? ¿O hay apatía, aburrimiento, abatimiento? Hoy tendríamos toda la razón para estar tristes, pero no pensamos sólo humanamente sino que en todo vemos a Dios y nos inclinamos ante él y colocamos la escalera para que el corazón y el entendimiento ascienda. Siempre hemos de educarnos conscientemente para la verdadera alegría.

En el lenguaje popular se dice "alégrate por todo lo insignificante, sobrepónete a todo". Alegarnos aun en el sufrimiento. Este es un programa de auténtica disciplina en mi autoeducación. Esto puede causar dolor a nuestra naturaleza, pero "es la voluntad de Dios; por lo tanto, estén tranquilos". Quien vive en Dios y a partir de Dios, debe estar siempre alegre. Un proverbio inglés dice que para el hombre actual sólo existe una Biblia, la vida del cristiano. Queremos ser una Biblia viva en el sufrimiento y en la alegría; queremos ser héroes de la alegría.

Cuarta cualidad: La inmortalidad. "El Cristo que murió una vez ya no muere nunca más". Aplicado a nosotros, esto significa que debemos ver la inmortalidad como la inmortalidad de la vida divina. ¿Tenemos tan asegurada la vida divina que no podemos perderla por el pecado? Esa vida divina debiera tener una seguridad, pero nadie sabe con certeza si es digno del amor o del odio. Quisiéramos morir en el estado de la gracia santificante. Con frecuencia, antes se postergaba el bautismo para ser administrado en el lecho de muerte, porque se pensaba que si yo participaba ya en la vida glorificada del Señor, esta participación debía ser una participación para siempre; la vida divina debía ser inmortal.

Mi ideal ha de ser no ensuciar nunca la vestidura de la gracia santificante recibida en el bautismo. Nadie está seguro de no perder la vida divina. Hemos de estar alegres si no cometemos pecados mortales. Pensemos en la desvalorización de los católicos en el mundo moderno. ¿Qué podemos hacer en las circunstancias actuales para asegurar la gracia de la perseverancia, de la vida en el amor? Podemos suponer que pertenecemos a los elegidos que mueren en estado de gracia o que pasan a la eternidad con la gracia del bautismo. Los doctos en asuntos espirituales dicen que una de las señales más seguras de la elección es una profunda y entrañable devoción a María.

Ahora se nos ha clarificado más la imagen del hombre católico.

Ecce homo! ¡Ved el ideal del hombre que ha elevado su naturaleza! A nuestro alrededor podemos ver imágenes desfiguradas. "El que soy saluda tristemente al que quisiera ser". Todo está cubierto de un velo tan oscuro y tan empapado de otros pensamientos que existe muy poca alegría. Con gran alegría y gran coraje me

formaré a mí mismo y para ello no estoy solo. El Señor en el tabernáculo y la Madre de Dios son mis grandes educadores.

Actualmente se habla con naturalidad de la esclavitud sexual y, a propósito de ello, se señala a los animales y las plantas. Sin embargo, esto no es tan auténticamente católico. No corresponde una comparación de nuestra vida con el reino animal porque en nuestra alma se ha dado cabida al germen de la glorificación, y en forma tan profunda que, una vez en la eternidad, mi cuerpo también participará de las cualidades de la glorificación del Señor.

Debo alegrarme por ello. Debo apreciar mi cuerpo, porque es un cáliz del alma, una morada del Dios trinitario. Este cuerpo está transfigurado, se desplazará sin limitaciones; será inmaterial y experimentará también una alegría sensible. Creo en la resurrección de la carne. En virtud de la relación interior entre cuerpo y alma, sabemos que, también aquí en la tierra, el alma glorificada va formando al cuerpo cada vez más. El cuerpo puede marchitarse, pero las personas que viven enteramente de la fe esparcen en torno a ellas un resplandor de glorificación por su manera de darse, de hablar, de mirar. Esa manera encarna la imagen ideal. Ese es el ideal del hombre que ha elevado su naturaleza.

ii. Cristo, el ideal del hombre completo en su naturaleza

Lo que hemos elaborado desde un punto de vista filosófico, es resumido por san Pablo con estas palabras: *En Cristo Jesús*. Esa es, según él, la nueva criatura. ¿Cómo quiere él que se entiendan estas palabras? Una vez más, nos ponemos junto a Pilato y escuchamos: *Ecce homo!* Así representa Cristo el ideal católico, el ideal que obliga en todas las épocas.⁴

Ecce homo!

- Cristo, nuestro ideal de vida.
- Cristo, fundamento de nuestra vida.
- Cristo, nuestra forma de vida.

- **Cristo, nuestro ideal de vida.**

Ecce homo, ideal del hombre que ha elevado su naturaleza. Esta elevación de la naturaleza fue señalada anteriormente. Pablo menciona la "vida en Cristo Jesús, participación en la naturaleza divina, en la vida sufriente y glorificada del Señor". En Cristo, esto debe convertirse en una comunidad de vida, de trabajo, de obra y de misión.

⁴ NT: En esta parte, la exposición del P. Kentenich vuelve atrás, por así decirlo, y, al mismo tiempo, adelanta temas que desarrollará después. A ratos se aparta del tema central. Pero el lector no debe confundirse. El desarrollo sistemático de los temas sigue según se estructuran en el índice. Advertimos, por lo tanto, que aquí continúa el desarrollo del tema antes anunciado como 2.2.1. ii. Cristo, ideal del hombre completo en su naturaleza, del número 2, del capítulo II.

Ecce homo. En el ser humano habitan un ángel y un animal. También está el reino mineral. No hay ningún orden que no haya encontrado un acodo en el ser humano. No hay sólo una participación en la naturaleza divina sino que el ser humano está también profundamente enraizado en el reino del espíritu, de los animales y de los minerales.

Ecce homo. Ese es también el ideal del hombre completo en su naturaleza, ¿Cómo es el ideal del ser humanamente completo, la imagen noble del hombre? Humanamente consideradas las cosas, separadas del grado divino del ser, dado que el ser humano se eleva a la vida intratrinitaria, esta grandeza todavía debe ser completada y perfeccionada.

El hombre católico es el hombre cargado de realidad. La imagen católica de hombre conoce también el ámbito natural, no sólo el sobrenatural. Ve al ángel y al animal. El hombre católico acepta el orden de ser objetivo. Cuando el ser humano se adentra en el reino de los animales, da un sí a esta realidad. En la medida en que introduzcamos al ángel en nosotros, debemos permitir también que se desarrolle. El animal también quiere desarrollarse. A causa de la irrupción de la desarmonía producida por el pecado original, el hombre es un ser pendular. Por eso, es extraordinariamente difícil para el hombre meramente natural, sin religión, encarnar la idea del ser humano original.

¿Cómo es la participación de nuestra naturaleza en la naturaleza divina? ¿Qué relaciones conoce la religión entre el ángel y el animal en nosotros?

Supongamos que queremos encarnar la imagen ideal sin la gracia, que quisiéramos realizar la auténtica idea del ser humano sin vinculación con Dios. ¿Qué lograríamos entonces? Es claro que quien se mire a sí mismo, de manera desapasionada y diáfana, verá también que tiene la tarea de ayudar al ángel que hay en nuestro interior a triunfar sobre el animal. Con la audacia del ángel, el animal debe ser domesticado y dominado y ha de restablecerse una armonía entre el animal y ángel. La idea del francmasón admite sólo el estrato espiritual del ser y lucha con la subordinación del animal.

Recordemos lo siguiente: Cuando las autoridades actuales intervienen en nuestra educación, parten de la base de que debe ser educado el hombre estético. Es una diferencia respecto de la actual corriente intelectual. La imagen vitalista del ser humano debe educar en nosotros a la fiera. Nosotros, como católicos, consideramos que el ideal es educar en nosotros al hijo de Dios. ¿Qué relación hay en nosotros, entre el hijo de Dios y la fiera? Hättinger dice que la humanidad sin divinidad se convierte en bestialidad. Es decir, quien quiera educar al hombre ético sin ponerlo en manos de la gracia, se equivoca. En ese caso, el ángel será oprimido por la bestia.

Ecce homo. ¡Ved qué hombre! Ese es el ideal del hombre completo en su naturaleza. Cristo es perfecto en su naturaleza. ¿Qué aspecto presentan su entendimiento, su voluntad, su corazón? Debemos examinar cada esfera.

¿Qué aspecto presenta la perfección intelectual, estética, de su naturaleza? También aquí vemos el ideal absoluto del ser humano. No hay ningún ser humano

que pueda parecerse con tal perfección al Señor. Si observamos la esfera de lo sensible, por ejemplo, lo que se refiere a la perfección biológica, ¿cuán sano era el Señor? ¿Qué fatigas soportaba?

El Señor tenía comprensión de los sentimientos, sentido de los bienes terrenales. El hombre católico da su sí a todas las realidades y bienes sensibles y sabe hacer buen uso de ellos. El Señor sabe apreciar las cosas como intermediarias; él vive en una cierta plenitud del gozo de contar con las cosas, sin depender de ellas. Participó en la fiesta de bodas. La perfección hedonística y económica de la naturaleza. El no era totalmente pobre; tuvo expresamente un apóstol que se encargaba de la bolsa y la administraba. Por lo tanto, él poseía bienes con los cuales podía hacer el bien. ¿Percibimos una gran afinidad entre el Señor y nosotros?

Ecce homo. Su carácter divino exigía y fomentaba esta perfección de la naturaleza en todos sus aspectos. Esta participación en lo divino tenía también una función análoga en el Señor. Los expertos en dogmática dicen que la participación en la naturaleza divina tiene una doble función:

Hacia arriba: A través de las tres virtudes teologales, que se reciben por los dones del Espíritu Santo. Toda la imagen del hombre debe girar en torno a las tres Personas divinas, por medio de la fe, la esperanza y la caridad. Cómo es esta perfección, ya lo hemos escuchado. Si hoy no podemos dominar la vida, si no nos dejamos enraizar en Dios y en lo divino mediante la religión, no podremos salir adelante. Sólo Dios puede dominar la vida.

Hacia abajo: El cuarto estrato del ser y de la vida, la participación en la naturaleza divina, también puede tener una función hacia abajo. El francmasón lucha contra lo sobrenatural, contra Cristo y contra los que aceptan el cuarto estrato del ser. Quiere formar una planta noble sin permitir que en ella se desarrolle nada sobrenatural. En gran parte, toda nuestra educación ha sido una suerte de educación liberal. Deberíamos reconocer en nosotros este cuarto estrato. ¡Cuán poco educamos a nuestros seguidores en este estrato!

Todas las corrientes intelectuales fuera del catolicismo podrían decirnos muchas cosas sobre el hombre heroico. Conocen sólo el heroísmo de este mundo, pero la situación del hombre católico es muy distinta. Según la concepción católica, el mayor heroísmo está en tender un puente entre la naturaleza y la sobrenaturaleza, en que yo me atreva a dar el salto de la fe, aceptar el martirio del corazón. Tengo que entregarme enteramente en manos de Dios, también cuando reina la oscuridad en torno a la razón. Es voluntad de Dios; por lo tanto, estén tranquilos. ¿Qué función tiene hacia abajo la participación en la naturaleza divina? La gracia, como cuarto estrato del ser, es participación en la naturaleza divina.

Existe también una gracia como acto. Esta gracia supone la naturaleza. Es decir, la esencia de la gracia, de la gracia santificante y actual, consiste en estar ligada a la naturaleza. La gracia depende de la naturaleza, está vinculada a la naturaleza. Por eso, a propósito de ello, los pedagogos distinguen lo siguiente:

- La naturaleza es la portadora de la gracia. La gracia ha de ser vista por la naturaleza bajo una luz especial.
- La naturaleza es el campo de trabajo y de lucha de la gracia, pues la gracia tiene una tarea en la naturaleza, frente al animal, frente a los minerales. La gracia no es algo sin valor.
- La naturaleza con sus estructuras es, incluso, la norma para la gracia. Ella determina, con la meta del ser humano, la índole y las limitaciones de la gracia.

En este ámbito se diferencian las corrientes espirituales que están vivas en mí. Sobre esto descansa la doctrina del ideal personal. Quien quiera ver el ideal personal como norma objetiva debe aceptar estos tres puntos. Esta afirmación se entiende fácilmente pues el Dios vivo es el autor de la gracia y de la naturaleza.

Según la concepción protestante, ésta es la herejía mayor porque la naturaleza, a consecuencia del pecado original, está totalmente enferma, hasta la misma médula.

Lo anterior presupone que, a pesar del pecado original y de la naturaleza enferma, hay todavía algo bueno en el ser humano. Todo el pensamiento católico demuestra esto. La gracia supone la naturaleza. ¿Percibimos cuál es la causa del por qué el alma de la mujer es estimulada por la gracia de manera distinta que el alma del varón? Dado que el alma de la mujer reacciona de otra manera, la gracia se adapta a su naturaleza.

Aquí comienza a funcionar la gran tarea del pensamiento tomista. En cuanto a esta concepción, el mundo del Este, Grecia, Rusia, está en una posición enteramente distinta a la nuestra. No ha discutido con las corrientes espirituales fuera del cristianismo. El católico discute con todas las corrientes.

Esta manera de pensar admite una causa segunda. El Dios de la creación es un Dios que es Padre y un Dios de la gracia. De allí las discusiones con las corrientes del mundo actual. Quien ve sólo la gracia no puede ser comprendido por las corrientes espirituales. El que quiere levantar una barrera entre la naturaleza y la gracia va a huir ante Dios. Ese es el *ghetto* en el cual muchos se enredan. Por eso es necesario reconocer a la naturaleza ciertas leyes propias. La participación en la naturaleza divina regala a la naturaleza del ser humano una elevación del ser y de su estado.

Si, a la luz de la fe, lográsemos asimilar en nosotros la ley de la transposición de todo lo creado, entonces veríamos a través del cuerpo de los seres humanos y nuestra relación con ellos sería distinta. ¡Qué hermoso es tener una naturaleza tan elevada por sobre sí misma! Si Dios es la belleza y yo soy partícipe de la naturaleza intratrinitaria, esta participación en la vida divina también tiene que ser una participación en la belleza divina. Por lo tanto, no hay nada más hermoso que el alma en gracia.

San Ambrosio dice que si se pudiese ver un alma en estado de gracia santificante, uno quedaría tan impresionado por su belleza que querría dejar de comer durante

cientos años. Por ello, los atractivos que manan de las criaturas ejercerían un efecto tal que la ley de la transparencia funcionaría. ¡Y con cuánta naturalidad podríamos estar unos frente a otros si fuésemos más hijos de la fe y viviésemos a partir de ella!

¿Hay algo que dé tanta seguridad a la persona humana como la concepción de la imagen católica del hombre? ¿Qué es el hombre? Según otra concepción, es sólo parte de una máquina. ¡Qué puede ser tan hermoso ante la nobleza del ser humano en estado de gracia! En ninguna parte está tan asegurada la dignidad humana como bajo la protección de la concepción católica. Si todos fuésemos totalmente católicos, ¡cuánto respeto habría ante el niño, ante cada destino!

Somos hijos de la época. La ley de la transposición llama nuestra atención no sólo respecto al hecho de que la gracia, a su modo, obra más allá y que también el hombre católico debe ser de un elevado valor moral, sino que va más allá y nos dice que, por medio de la gracia, el elevado valor moral se acrecienta aun más. Nos ayuda a perfeccionar la naturaleza ante todo por medio de una correspondiente motivación.⁵

Todo el ser humano, también el ángel y el animal que hay en él, debe ser llamado y perfeccionado por la vinculación con la gracia. El fruto de la educación es, por lo tanto, el hombre sobrenatural. El hombre sobrenatural es el más natural. También es parte de él la sana razón natural. Ese es el verdadero y perfecto hombre de carácter.

Primero se es hombre, después, cristiano; luego, cabalmente hombre. Sin vinculación a la gracia no podemos encarnar la idea de la gracia ni representar al ser humano total. Seguir siendo un ser humano y llegar a ser cristiano; también, seguir siendo cristiano y llegar a ser un ser humano. Ser cristiano no significa asesinar lo humano del hombre, ahogar la naturaleza humana. Hoy nos hace falta un hombre religioso. El hombre actual ya no puede soportar una piedad enmohecida que enferma la naturaleza.

Si hubiésemos hecho todo lo posible por formar seres humanos que lleguen a ser enteramente naturales a través de su modo de proceder sobrenatural, actualmente no tendríamos estas herejías y no estaríamos tan inermes ante ellas. Dice la encíclica: "El hombre sobrenatural es el verdadero ser humano, pero el hombre actual está muy lejos de ello..."

La imagen está muy clara ante nosotros: Ecce homo, el que representa la imagen del ser humano total en su naturaleza. La joven católica debe representar de manera mucho más perfecta el ideal de la imagen de mujer que una que no tiene religión. Del mismo modo debe suceder con el hombre.

Aspectos de la perfección de la naturaleza

Lo religioso no es una atrofia del ser humano. Tratemos de explicar en detalle qué aspecto presenta la perfección de la naturaleza.

⁵ Ver Papa Pío XI, *Encíclica sobre la Educación*.

- Grandeza de la perfección de la naturaleza.
- Límites de la perfección de la naturaleza.

- ***Grandeza de la perfección de la naturaleza***

Respecto de lo primero, reflexionemos sobre la receptividad que existe para los valores.

1. Una perfección intelectual de la naturaleza.
2. Una perfección ética
3. Una perfección estética en la naturaleza del ángel que hay en nosotros.

El entendimiento quisiera adentrarse en el reino de la verdad. Yo quisiera estudiar y conocer todo lo verdadero. Lo ético: mi obrar. Lo estético: tengo que educar en mí una cierta percepción estética. Dios es también la belleza. Debo ser un trasunto del verdadero Dios, del Dios bueno y hermoso. En la religión del animal (que hay en nosotros) existen distintas receptividades para los valores.

4. Perfección vital de la naturaleza: es sana y llena de fuerza.
5. Perfección hedonística de la naturaleza: tiene el órgano para el gozo primitivo, sensitivo. La bestia en nosotros quisiera llegar a los extremos; carece de freno en la búsqueda del gozo hacia todos lados.
6. Además, una perfección económica de la naturaleza: posesión de bienes terrenales, dinero y propiedad.

Todo eso puede ser el aspecto, con múltiples facetas, de la perfección de la naturaleza.

¿Cuál es la actitud del católico ante la perfección de la naturaleza? El da su sí a toda clase de perfección de la naturaleza, porque es católico, porque comulga, porque busca el amparo de la Madre de Dios y reza. Por eso, se esfuerza, también según corresponda, por alcanzar la perfección intelectual, ética, estética, hedonística, vital y económica de la naturaleza. Se esfuerza también porque el entendimiento tenga cada vez más claridad; por el conocimiento de una especialidad, de la religión; por lograr una cierta elevación moral: quisiera proceder noblemente, velar por la salud y progreso en toda la línea.

Porque es católico, se esfuerza también por establecer una motivación ética. El niño bueno obra por amor a Dios. Dado que la gracia no ahoga la naturaleza, ésta queda en pie, con sus propias leyes (éticas), junto a la gracia. Lo genial consiste en relacionar la motivación que tienen sus propias leyes con la motivación última y sus leyes.

Hoy se han establecido once leyes para la juventud en Alemania, meramente éticas: la materia para el ángel está allí; el animal debe subordinarse, debe ser domado.

Quien ama a su patria, se hace fuerte en el cuerpo y en el alma y así podrá ser útil para ella y contribuir a su prestigio. ¿Qué es el humanista, el hombre noble que obra por motivos fundamentales meramente naturales? El observa, en primer lugar, la ley del dominio de sí mismo. El hombre instintivo en nosotros debe ser encadenado y dominado. Es propio de un hombre noble amar a su patria. ¿Tiene eficacia esa motivación? Sí. ¿Se mantendrá firme en todas las situaciones? Si no creo que Dios está detrás con su gracia, no podremos dominar al animal que hay en nosotros.

Con frecuencia hemos interpretado la gracia actual como un historiador. Se establece de manera efímera la vinculación con Dios pero no se logra dar forma a la vida. Un ser humano bueno se domina a sí mismo y formula propósitos, por ejemplo, como éstos:

- Quiero refrenar mi lengua; primero reflexionar sobre lo que digo; quiero decir la verdad. El hombre católico también quiere esto y mucho más todavía.
- Quiero dominar mis estados de ánimo.
- Quiero ser siempre señor de mis pensamientos.
- Quiero vigilar lo que hago; reflexionar y, después, actuar.

Esto es el ideal humanista separado de Dios. Estos son motivos meramente éticos. Hemos de aceptar que la naturaleza con sus propias leyes quiere y debe ser relacionada con la gracia. Pueden emplearse dos métodos:

- Puedo dar solamente motivos éticos, o
- Manejarme solamente con motivos sobrenaturales.

Esto no corresponde a una sana naturaleza humana. El amor desea ser guiado por Dios. La orientación para el verdadero amor a Dios me es dada por el orden de ser natural objetivo. Por eso he de ser humilde, decente. Esto alegra a Dios porque es algo que está fundado en mi ser.

Estas reflexiones tienen gran importancia para toda la educación. Una naturaleza humana noble ha de ser una fuente de conocimiento del amor. Tampoco la gracia noble destruye la motivación ética, sino que la ayuda para que llegue a ser más profunda y más noble y es también una gran fuente de vigor para mi vida. Con sólo la ética no es posible: tiene que agregarse el amor de Dios infundido y sobrenatural.

Ese es el hombre que ha elevado su naturaleza, que se esfuerza en todo sentido por el perfeccionamiento de la naturaleza. Dado que es católico y religioso, la naturaleza debe ser perfeccionada por la gracia. La gracia debe dar a todo perfeccionamiento de la naturaleza nuevas fuerzas impulsoras.

Ecce homo. Vean aquí el ideal del hombre que ha elevado su naturaleza.

Atengámonos a esto: la gracia no quiere cambiar la naturaleza sana, sino desarrollarla. El orden de la gracia no sólo quiere elevar en nosotros lo natural sino despertarlo y darle nuevas fuerzas impulsoras. Es decir,

- El católico puede y debe esforzarse por lograr una perfección de la naturaleza en todo sentido. Por lo tanto, dado que somos católicos, aprobamos todo perfeccionamiento de la naturaleza.
- En la motivación, el hombre sobrenatural tampoco quiere ahogar la naturaleza. Quedan en pie los motivos éticos con sus propias leyes, bajo la luz de la gracia.

La naturaleza y la sobrenaturaleza han de estar unidas entre sí y permanecer de esa manera. Para nosotros, los católicos, es recomendable buscar estímulos en todas las partes donde se encuentren.

Hoy la situación de la educación ha degenerado, porque no pocos de nosotros hemos sido arrastrados por la corriente intelectual del tiempo actual. Por ese motivo, muchas cosas han permanecido tierra virgen para nosotros; el material y el cambio en la acentuación. Por eso, volvemos a Förster en la escuela y seguimos leyendo a Heine. Esto no es lo último.

El gran problema de hoy es cómo hacer que nuestra juventud actual vuelva a ser receptiva para la religión. Primeramente, debemos procurar que ponga atención a la gracia, al buen ejemplo, a la oración y los sacrificios.

¿Qué debemos hacer? Fundamentalmente, preocuparnos de que las ideologías sean superadas, es decir, procurar espacios de marcada motivación ética; mostrar que el ideal del hombre lleno de vigor en la juventud consiste en dominar al animal y que constituye un gran esfuerzo superar en mí el egoísmo.

Lo mismo en el caso de la joven. Quieren ser siempre hermosas y debemos mostrarles en qué consiste la verdadera belleza: en ser pura, interiormente rica y noble. No debiéramos pasar por alto el hecho de que nosotros, como católicos, no podemos separar la motivación ética de lo sobrenatural, de la gracia. Subsiste un peligro: no debemos quedarnos mucho tiempo en la ética. Debemos fecundarnos y complementarnos recíprocamente.

Este es el aspecto que presenta fundamentalmente el ideal del hombre natural. El da su sí a todo perfeccionamiento de la naturaleza.

- ***Límites de la perfección de la naturaleza***

Debemos imaginarnos que queremos aplicar todo a la vida práctica de todos los días. Por ejemplo, tenemos que luchar por la perfección vital de la naturaleza, por eso practicamos el cuidado de la salud; tenemos que luchar por la perfección hedonística de la naturaleza, por eso nos permitiremos ciertos gozos, también gozos estéticos, etc. etc.

¿Quiere decir, entonces, que trataré de desarrollarme indiscriminadamente en todo sentido? El resultado sería como el del cazador que corre tras todos los conejos al mismo tiempo. Esto no resulta. Sólo se puede aspirar al ideal de la perfección de la

naturaleza en todas las direcciones mediante el perfeccionamiento unilateral de la naturaleza.

Quien quiera ser universal, polifacético, debe ser unilateral. Todos los grandes hombres son seres unilaterales. Por eso, lo polifacético orgánico sólo puede ser conquistado sobre el terreno de la unilateralidad orgánica. ¿Qué aspecto presenta esta unilateralidad? Si queremos educar hombres católicos, debemos procurar una educación del hombre religioso, del hombre marcadamente religioso. Sin embargo, eso no basta. ¿Ha de ser la educación del hombre religioso-estético? ¿Cuáles serían las consecuencias de ello? A causa de los límites de nuestras fuerzas, gastaríamos tantas fuerzas en la estética que no dejaríamos nada para el hombre ético. Hay relativamente pocas personas que tienen una disposición meramente estética; sólo un 3 a 4 por ciento. Si me esforzase por el ideal del hombre unilateralmente religioso-estético, tendría poco éxito.

¡Cuán difícil es mantener en alto el ideal estético, en medio de las ruinas! ⁶

¿Podría ser (la educación del hombre católico) el ideal del hombre unilateralmente religioso-intelectual? Necesitamos la religión para educar personas de elevado nivel intelectual. Esto requiere tantas energías que para la instrucción ética quedan pocas fuerzas.

El punto según el cual caracterizamos toda receptividad de los valores, es decir, la unilateralidad con la cual debemos llegar a un acuerdo, es educar personas religiosas orgánicamente unilaterales y éticas.

Orgánicamente, es decir, en la medida en que como educadores y discípulos tengamos capacidades y fuerzas, debemos partir de la educación religiosa y ética y educar al hombre religioso, ético, hedonístico, económico. ¿Dónde se ha educado en una comunidad, de manera auténticamente católica? ¿Dónde se encarnará el cuadro total de la imagen católica del hombre, en el conjunto de la comunidad y en la medida de las capacidades para hacerlo?

A partir de la idea de la posición unilateral orgánica, me preocuparía también de que se desarrollasen las disposiciones intelectuales, etc. Debo emplear todas mis fuerzas y, en consecuencia, resultará también el desarrollo de las disposiciones estéticas, éticas, hedonísticas y económicas.

Por eso, el ideal para el director de una escuela debiera ser crear una iglesia, un mundo en pequeño, donde todos se encuentren en una unilateralidad orgánicamente ética. Hoy se quiere hacer todo al mismo tiempo, pero nada se logra. En cierto sentido, cada cual es unilateral. La cultura exterior debe ser el resultado de la perfección ética y religiosa.

La cultura física es la escala inferior de valores. Los años pasados estuvieron en la escala inferior.⁷ Dios está arriba; enseguida viene lo espiritual y lo ético. Sólo

⁶ El P. Kentenich se refiere aquí al estado de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial.

⁷ El P. Kentenich se refiere indudablemente a la educación nazi en Alemania.

entonces, la cultura física. Los años pasados estuvieron en una posición mecánicamente unilateral. Nosotros, los católicos, estamos en una posición moderada.

El ideal de la educación debe ser educar personas religiosas y éticas, orgánicamente unilaterales. Luchamos por la escuela católica, pero debemos educar también católicamente. Dondequiera se trate de comunidades de educación, todo debe ser confesional. Donde se trate de una comunidad de trabajo, también nosotros podemos trabajar con otras confesiones religiosas. El ideal sigue siendo un trabajo unilateralmente confesional. Si no podemos conseguir escuelas católicas, nos contentaremos con las cristianas; y si tampoco existen éstas, tendremos que conformarnos con las escuelas de libre pensamiento o sin religión.

Ese es el aspecto que presenta el hombre completo en su naturaleza, según la estructura de nuestro pensamiento. ¿Por qué orgánicamente unilateral? Porque esto corresponde al espacio limitado de la conciencia en la naturaleza humana. El humanista cristiano dice que una persona religiosa es aquella que se esfuerza de una manera sobrenatural por el perfeccionamiento de su naturaleza. Quisiera dejar que la naturaleza se desarrollara de manera fortalecida. No raras veces el ideal del humanista cristiano se convierte en ideal del humanista pagano, porque no ha educado personas puramente sobrenaturales.

iii. Cristo, el ideal de vida para el hombre que impone sacrificios a su naturaleza.

Si, a partir de un punto de vista religioso y sobrenatural, queremos también formar y configurar internamente al ser humano, pero acentuamos demasiado poco lo divino, podemos olvidarnos de imponer sacrificios a la naturaleza. No hay elevación ni perfeccionamiento de la naturaleza sin someterla, de diversas maneras, a sacrificios. En mayor o menor grado, estamos bajo la influencia de otras corrientes. Sin mortificación, sin renunciamiento tampoco hay un perfeccionamiento en el orden natural.

Luchamos por una cristianización del mundo. Queremos dar nuestro sí a la vida, pero imprimirle un sello cristiano. ¡Qué grande es el peligro de secularizar el cristianismo y que no quede mucho más de la religión! Si no tuviésemos siempre que luchar con extremos, seríamos otras personas. Podríamos decir también que desearíamos escapar del mundo puesto que en él no resulta ser cristiano; por lo tanto, hay que irse a los claustros o al desierto. Esto no es lo ideal. Tenemos que quedarnos en la vida y usar de las cosas creadas de tal manera que todo en torno nuestro ejerza funciones de estímulo y atracción, función de transposición, y nos conduzcan hacia el corazón de Dios.

Ecce homo. Vean el ideal del hombre que impone sacrificios a su naturaleza. Lo que percibimos con más fuerza en el Señor son los sacrificios que impone a su naturaleza. En nuestro caso, eso tiene múltiples facetas. Surgen dos preguntas:

- ¿Por qué imponer sacrificios a la naturaleza?

- ¿Cómo imponer sacrificios a la naturaleza?
- *Respecto de la primera pregunta, ¿por qué imponer sacrificios a la naturaleza?, nuestra reacción es decir: ¡Dios nos obliga a tantos sacrificios!*

¿Acaso no deseamos dejar que todas las cosas simplemente sigan su curso, hoy cuando todo es tan difícil? Desde este punto de vista filosófico y teológico, queremos mostrar por qué los sacrificios que imponemos a la naturaleza son tan importantes. Recordemos las limitaciones de nuestra índole de criaturas.

Si pretendemos abrirnos a todas las posibilidades de perfeccionamiento, esto es prácticamente imposible. Si quiero ser un hombre espiritual, debo renunciar a algo en la esfera animal, a algún gozo. Esa es la limitación de nuestra capacidad humana. Si quiero estudiar, debo renunciar a muchas diversiones, etc. Renunciar al desarrollo de una receptividad para ciertos valores es un cierto sacrificio impuesto a la naturaleza. No hay perfección en ningún ámbito sin imponer sacrificios a la naturaleza.

Más todavía. Esta limitación se ha hecho mayor aun a causa de la fragilidad de nuestro ser. Si, al mismo tiempo, nos esforzamos por lograr más perfeccionamiento de la naturaleza y si queremos conseguir algo, debemos renunciar a algún valor. No hay perfección de la naturaleza sin que, al mismo tiempo, se le imponga un sacrificio.

También la esencia de la gracia exige que se impongan sacrificios a la naturaleza. Cristo, por su muerte, nos mereció la gracia. ¿Qué aspecto presenta entonces mi naturaleza bendecida por la gracia? Está signada con la señal de la cruz, porque la gracia es fruto de la muerte ofrecida como sacrificio. Tampoco el hombre bendecido por la gracia puede crecer sin imponer sacrificios a su naturaleza. El Señor dice: "Quien quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Lc 16, 24)

Con esto nos remitimos a san Pablo que dice: "Cristo en mí, yo en Cristo". Si Cristo quiere prolongar su vida misteriosamente en nosotros, no sólo anhelamos vivir su vida glorificada aquí en la tierra y en la eternidad de manera más perfecta. La ley que nos hace imponer sacrificios a la naturaleza es algo evidente. El cristianismo debe representar también al Cristo crucificado. "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí" (Mt 10,37). El Evangelio de los sacrificios que se han de imponer a la naturaleza se encuentra vigorosamente presente en la Sagrada Escritura. Sin imponer sacrificios a la naturaleza no hay elevación de la naturaleza. Se ha llamado heroico a lo que es puramente de este mundo. ¡Cuán incomprensible es el Dios vivo en el mundo! Sólo a la luz de la fe se encuentra la explicación.

¡Cuántos sacrificios ha de ofrecer la razón! Por eso, no debemos desesperarnos si la razón natural no se inclina ante la verdad sobrenatural! ¡Cuántos sacrificios están ligados a esto! Por lo tanto, la razón debe ofrecer el sacrificio de su muerte. Quizás se diga también: Para mí, eso no es un acto de audacia.

El cardenal von Galen editó una revista titulada *Incertidumbre y audacia*, y en ella explicaba lo siguiente: Para mí la fe no es un acto de audacia, pero quizás lo sea para el hombre común. Por lo tanto, la fe exige grandes sacrificios. Dado que tenemos que ofrecer tantos sufrimientos y sacrificios, ¿no somos demasiado blandos en la educación? ¿No dejamos que se pierda la actitud fundamental ante el sacrificio y, por ende, no tomamos acaso demasiado a la ligera el sacrificio?

San Pablo dice: " Yo completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24). Porque Cristo vive en mí, yo también debo ser semejante al Señor que sufre. ¿Cuántos sufrimiento hay en mi vida? ¿Qué actitud tengo ante el sufrimiento, así como ante la mortificación? Personas jóvenes que llevan una vida instintiva, aun sin que cometan pecados, no perseverarán más tarde. Tienen que luchar contra la naturaleza. Si nuestra naturaleza no se hubiese enfermado, podríamos vivir sin mortificación. Pero ello ya no es posible sin renuncia y sin imponer sacrificios a la naturaleza.

- *Respecto a la segunda pregunta, ¿qué forma deben adoptar los sacrificios que se imponen a la naturaleza?, diremos lo siguiente:*

Estos sacrificios deben ser, ante todo, orgánicos. Es decir, asumimos el sacrificio que nos ayuda a ennoblecer nuestra naturaleza. Debemos practicar la mortificación deportivamente,

Como pedagogos, debiéramos cultivar los valores que hay en los sacrificios impuestos orgánicamente a la naturaleza. Es decir, si soy melancólico, tengo lados de luz y de sombra. Estos lados de luz, en el melancólico, son, por ejemplo: El melancólico tiene profundidad en su manera de pensar; tiene una fina sensibilidad. El melancólico es también susceptible, pero lo asume; mientras más grande es el alejamiento del ideal, tanto más susceptible es. El melancólico se siente bien consigo mismo, es silencioso. Debe aprender a superar su susceptibilidad, a ser más sociable. Ya el hecho de tragarse todos los pinchazos significa imponer un duro sacrificio a su naturaleza. Sin embargo, Cristo está en mí; él quiere vivir y soportar en mí una vez más los desprecios que sufrió en su vida.

Luchamos por imponer orgánicamente sacrificios a la naturaleza; elegimos la mortificación que hará más noble, más dúctil nuestra naturaleza. Como sanguíneos, podemos hablar como una catarata y, al estar con los demás, no tenemos problemas para conversar y nos gustaría entretener a los demás y ser el que dice más chistes. También esta manera de ser ha sido creada por Dios. El sanguíneo con frecuencia necesita imponer sacrificios a su naturaleza. Por ejemplo, cuando tiene un chiste a flor de labios, no debiera llegar y decirlo.

El colérico, con su fuerte voluntad, debe esforzarse por ser más sereno y más mesurado, más bondadoso en su voluntad y en sus sentimientos.

El hombre sociable sabe mostrar hacia arriba una actitud filial; hacia los lados, una actitud fraternal; hacia abajo, una actitud maternal y paternal. ¿En qué dirección debo buscar una complementación? Toda mortificación debe llevarme a un perfeccionamiento de la naturaleza. Cuando el melancólico quiere mortificarse, no

debe ser subjetivo sino buscar la comunidad. ¡Gracias a Dios que él mismo nos conduce a la escuela de nuestra educación! El mismo nos pone en la mesa de operaciones.

Hay también una educación pasiva. Entonces debemos decir sí desde nuestro interior y con todo el corazón. Entonces, puede ser que Dios permita que nos enfermemos, o nos deja sin pan ni trabajo, enteramente a merced de su voluntad. Sin imponer sacrificios a la naturaleza, las cosas no resultan. Si, por ejemplo, alguien que debe ser agradecido con nosotros, nos causa dolor cuando experimentamos su ingratitud, pensemos que "el Padre poda la vid para que produzca más fruto". Es valioso soportar el repudio de nuestros propios discípulos.

La cruz nos sale al encuentro por todas partes. Lo principal es que en estas cosas descubramos un ideal. Esto pertenece al ideal del hombre auténticamente católico. Yo doy mi sí a la cruz y la abrazo. San Bernardo dice que ante la cruz podemos adoptar tres actitudes: Llevarla con paciencia, pues no se la puede cambiar; llevarla de buen grado y llevarla con todo fervor.

Quien está tan encendido por Cristo, tiene un ardiente anhelo del sufrimiento y de la cruz, si eso agrada a Dios. Y no sólo quiere arrastrar la cruz sino llevarla con gran amor porque Cristo se configura en él. Sobre todo esto: ¡Cargar la cruz con fervor! Algunos dicen que esto sería sólo para las águilas que quieren volar más alto. Pero esto es válido para todos, no sólo para algunos en particular. Quienes dicen esto, tal vez piensan en san Andrés o san Ignacio. ¡Cuánto anhelaban la cruz! Al punto de que san Andrés decía: "¡Oh salve, santa cruz!" Y san Ignacio: "El grano de trigo primero debe ser triturado para convertirse en hostia". Así yo llego a ser un grano de trigo de Dios. ¿Se dan cuenta cómo estos hombres asumieron la semejanza con Cristo? "Yo soy el buen Pastor".

Al ideal de educador pertenecen estas tres cosas:

- *Un sano realismo*: Debo conocer a las personas tal cual son.
- *Un sano idealismo*: Debo conocer los límites de lo que puede hacer el ser humano y, sin embargo, creer en el ideal: *Ecce homo*. Según esta imagen debemos formar al ser humano. Creo de manera incontestable que el gran ideal es alcanzable.
- *Un sano vitalismo*: Muchos artistas padecen hambre y luchan por encontrar el camino hasta que expresan el ideal. Mientras más luchamos por nuestro ideal personal, tanto más se alcanza también el idealismo pedagógico.

Ecce homo. Ahí está ante nosotros el ideal del hombre, el ideal del hombre que ha elevado su naturaleza, que ha perfeccionado su naturaleza y que ha impuesto sacrificios a su naturaleza. La razón y el corazón dicen sí a todo, pero cuando ponemos manos a la obra, pronto nos damos cuenta de nuestras limitaciones.

Los educadores son personas que aman, que nunca desisten de su amor, de su amor a la profesión, al ideal, a pesar de todos los desengaños; así el Señor no

desistió de su amor ni siquiera cuando este amor lo hizo ascender a la cruz. También nosotros seremos educadores que aman y nunca desisten de su amor cuando tengamos que ascender a la cruz.

Respuesta a algunas cuestiones⁸

- **Primera pregunta:** *Culpa colectiva*. Nos interesa esta pregunta porque nos toca a nosotros.⁹

Aparte de esto, tenemos un interés económico. También la opinión pública mundial tiene un interés especial en esta pregunta. El alemán es hoy muy odiado, por ejemplo, en Suiza. Allí se opina que el alemán pronto atacará de nuevo si no confiesa y reconoce su culpa. Se opina abiertamente: Si ustedes, los alemanes, no hacen penitencia, todos sin excepción, no existe ninguna posibilidad de que la bestia alemana pueda ser domada. Otros dicen que el alma alemana está tan enferma, tan infectada, que ya no puede ser sanada. Por eso, los alemanes deben ser barridos de esta tierra.

Nos preguntamos, ¿está el alma alemana tan enferma que ya no se la puede sanar? Es verdad que el alma del pueblo está enferma, pero los bacilos de la enfermedad que nos han afectado tienen un carácter internacional. Se encuentran en todas partes de la tierra. Subsisten unas preguntas: ¿Cómo pudo este bacilo provocar tales efectos? ¿Qué aspecto presenta la ponzoña? ¿Podemos desintoxicar el alma alemana? La verdadera vida exige de nosotros que veamos la enfermedad de nuestra alma.

Los otros exigen una confesión para podernos aplastar. Hay personas que dicen lo siguiente: No hay culpa personal sino que el portador de la culpa es la colectividad. Quien pertenece a esta colectividad, por el mero hecho de pertenecer a ella, es cómplice en todo lo que ha sucedido en materia de crueldad. Es decir, la persona, en cuanto tal, individualmente, es relevada de su responsabilidad personal. En este caso, se supone la existencia del hombre colectivizado.

El hombre colectivizado es anunciado como ideal humano bajo un doble cuño: el colectivismo racional y el colectivismo práctico. En virtud de este último, las personas se dejan conducir por la masa o por el exponente de la masa, al cual se lo llama *Führer*, jefe. La masa no tiene un padrón para el bien y el mal. El individuo no es responsable respecto de lo que debe hacer. ¿Quién es el responsable? El *Führer*. ¿Qué es lo hermoso? El orden de ser no lo determina sino el Ministro de Propaganda. Este es quien dice si una obra de teatro es hermosa o no. Según la doctrina del colectivismo, el ser humano individualmente no vale nada. No hay una personalidad individual, sólo hay masa. Según Hitler, el individuo no tiene nada que decir. También actualmente, todavía hay grandes círculos que representan esta doctrina del colectivismo.

Rechazamos el colectivismo como doctrina errónea y, por lo tanto, la idea de la culpa colectiva. Hay una culpa de la persona, pero no una culpa colectiva, en el sentido propio de la expresión.

⁸ A continuación, el P. Kentenich se aleja del tema central para responder a cuestiones que en el tiempo de estas conferencias, eran candentes.

⁹ El P. Kentenich se refiere a la responsabilidad de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

Aquí debemos plantear una restricción. Hay una sola excepción. Esta es tan grande y de tanto peso que hablamos de un misterio. Es la doctrina del pecado original. Esto es lo único que podemos conceder los católicos. El pecado original es el pecado que hemos heredado de Adán. Consiste en la falta de la filiación divina, sin la cual no podemos llegar a Dios, y en el desmembramiento de la naturaleza. Esto se nos imputa como culpa sin que hayamos cooperado en ello. Esta es culpa colectiva. No podemos descifrar ese misterio aquí en la tierra.

Por lo tanto, si no hay culpa colectiva, aparte del pecado original, tenemos, sin embargo, que hablar, en muchos casos, de una culpa de la comunidad. Se supone que en cada uno existe una culpa. Por ejemplo, los niños en la clase han parloteado mucho; todos reciben un castigo. En ese caso, yo, personalmente, soy culpable junto con otros. Esto puede ser denominado culpa colectiva.

Ante nuestra conciencia, debemos plantearnos esta pregunta: ¿Soy yo, personalmente, culpable por el triunfo del mal durante los años pasados? También puedo ser culpable a través de otros. Quien eligió a los gobernantes de los años pasados, quien los apoyó con su aplauso, ése comparte una culpabilidad, en cuanto a lo que han hecho sus elegidos. Pero no necesitamos la sala de un tribunal. Ese es cómplice a través de otros. Entonces se habla de culpa colectiva.

Hay elementos que aminoran o anulan la responsabilidad como, por ejemplo, el miedo. Incontables son los que colaboraron por miedo. Los extranjeros no deben arrojar piedras sobre nadie. Esto debe ser tomado en cuenta en los procesos de masificación. ¿Cuántos eclesiásticos aconsejaron a otros tomar parte en los acontecimientos para así evitar mayores desgracias! ¡Cómo fue influida la sensibilidad del pueblo en general por la firma de un concordato, por la pastoral de los obispos de marzo de 1933, por el telegrama de felicitación del Nuncio Apostólico después del intento de asesinar a Hitler! ¿Hay allí culpas? ¿Complicidad?

Debemos tener conceptos claros y ser más valientes. Actualmente el peligro está en que algunos buscan la manera de culpar a otros. Debemos enterrar el hacha de la guerra. Una cosa debiésemos aprender: Ver el carácter social de nuestras actuaciones. Esto vale para las personas de más edad, que provienen de una época de un individualismo extremo. Cuando yo pecco, pero contra Dios, pero también contra mi prójimo. La liturgia expresa esta verdad en el Confiteor. Allí confesamos nuestras culpas, no sólo ante Dios sino también ante el prójimo. *Et tibi, pater, et vobis fratres*, ante ti, padre, y ante ustedes, hermanos... Debemos tomar conciencia del carácter social de nuestras actuaciones.

- **Segunda pregunta:** *Reforma de nuestra actitud social.*

Quien conoce la vida moderna sabe que la cuestión social es la fuerza propulsora de las grandes revoluciones. Siempre debemos contar con nuevas revoluciones. En el aire, hay suficiente material explosivo. ¿Cuándo va a estallar la bomba atómica? Un nuevo proletariado está en gestación. No debemos hundir a nadie. De esa manera ponemos más material inflamable para las revoluciones.

¿Cómo podemos orientarnos? El Papa Pío XII dice: Frente al comunismo, fundamentalmente debemos aferrarnos a la propiedad privada. Eso es también opinión personal. ¿Por qué? En el campo de concentración, no se veían las cosas desde el punto de vista económico, sino desde el punto de vista del derecho esencial de la persona. Debemos salvar la personalidad. Todos estamos en peligro de ser pobres. El nuevo peligro es sentirse desvalorizado. El derecho de propiedad es un derecho esencial de la persona. Quien escatima este derecho es culpable de la masificación del ser humano. Pío XII dice: Hasta ahora hemos dicho siempre que la propiedad obliga al amor. Pero hay también una justicia social, es decir, en determinados supuestos, el Estado tiene el derecho y el deber, no simplemente de expropiar, sino de hacerlo compensando. En el campo de concentración, algunos consentían en esto, otros no. Fundamentalmente, debo aceptar la carga de la propiedad en razón de la justicia social. Una divisa de Pío XII: *Opus justitiae (no caritas) est pax*.

Aquí incide también esta pregunta, respecto de la cual se dice que eso no incumbe a la Iglesia: ¿Qué posición tenemos ante la clase media y el pequeño comerciante? A favor de ellos debemos abogar, por interés de la formación de la personalidad, no desde el punto de vista de la utilidad económica. El individuo es fácilmente aplastado por la masa. Es preferible pagar el pan algo más caro y ser libre, que al revés. Aquí cada cual puede reflexionar. Los principios, en todo caso, son correctos.

- **Tercera pregunta:** *El mejor tipo de Estado.*

Tal vez se podría decir que el problema es superfluo. Tal vez en toda la historia, no habíamos experimentado el hecho de caer tan bajo.

¿Qué tipo de Estado es el mejor? Existen las siguientes posibilidades: *Un gobierno centralizado*. La dictadura es el gobierno centralizado llevado al extremo. Por ejemplo, bajo Bismarck y el Tercer Reich. *Un Estado regido en forma descentralizada*. Un Estado regido por cada una de sus partes en forma independiente. *Un Estado regido de manera absolutista*. Antes, los distintos príncipes tenían la conducción absoluta y el emperador quedó sin poder. Esa fue la tragedia del pueblo alemán; que faltó una autoridad imperial fuerte. Contra el poder absoluto de los príncipes, un campesinado libre y ciudades libres ofrecían un cierto contrapeso. Lo que provenía del Estado absoluto era adorado por los alemanes.

El Estado regido de manera federal parte de esta idea: Que lo primero es cada Estado miembro, el cual es autónomo. En interés del todo, su aúnan los Estados y ceden algo de sus derechos. El derecho primario lo tiene el Estado miembro; el derecho secundario lo tiene el gobierno federal. ¿Cuál Estado debemos elegir? Según *Quadragesimo Anno* podríamos decidirnos por el tipo de Estado federal. Allí lo primario es la familia. Las familias se unen en comunidades, en estados. La familia tiene un derecho propio; es valorada como miembro del todo. El derecho propio debe ser complementado por el derecho de los demás. La asociación mayor está para apoyar a la célula primigenia. Lo que tenemos que elegir debemos saberlo nosotros mismos.

2.2.2. Cristo, fundamento de nuestra vida

Por una parte, hemos descrito la terrible desfiguración del ser humano. Esta imagen no ha sido trazada irreflexivamente. La ha determinado la historia de la humanidad y, especialmente, la del pueblo alemán, y nos ha arrastrado al abismo. Como lo hace san Agustín, pusimos frente a esta imagen desfigurada la imagen del hombre querida por Dios: *Utamur haereticis...*

Quisiéramos conocer la imagen desfigurada y pagana para estimularnos así a elaborar la auténtica imagen católica del hombre y estar más alertas a la lucha actual por la imagen del hombre.

Consultamos la Sagrada Escritura. Una y otra vez, hemos contemplado la imagen del hombre en san Pablo. *Ecce homo*; Cristo es nuestra imagen de la vida, la imagen del hombre que ha elevado su naturaleza, que es completo en su naturaleza y que ha impuesto sacrificios a su naturaleza. *Ecce homo*; Cristo es el fundamento de nuestra vida y de nuestra forma de vida.

Cristo es el fundamento de nuestra vida.

Pensemos en el ejemplo de la vid y el sarmiento. La vid es el fundamento para el sarmiento. Del mismo modo, Cristo es fundamento de la vida para nosotros. Por eso, entre Cristo y nosotros, existe una comunidad de vida. Hemos sido colocados sobre un nuevo fundamento de vida. El fundamento es Cristo.

Pensemos en la imagen de san Pablo respecto a la cabeza y los miembros. La misma verdad: no estamos solos; en Cristo, hemos recibido un nuevo fundamento para la vida y el ser. "Ya no vivo yo sino que es Cristo quien vive en mí". Yo tampoco vivo sólo para mí mismo. Los hombres en torno mío están conformados como yo; yo soy semejante a ellos. Cristo vive en mí, piensa, sufre, siente, triunfa y lucha a través de mí y por mí. Cristo es el nuevo fundamento de mi ser. En Cristo Jesús; Cristo en mí y yo en Cristo.

La liturgia mantiene viva esta idea. Ella es el misterioso obrar de Cristo, pero, al mismo tiempo, también nuestro misterioso obrar conjuntamente con Cristo para librar al mundo del demonio, para vivificarlo y elevarlo hacia Dios. Cristo obra en mí; éste es un pensamiento favorito de santo Tomás. ¿Qué significan los siete sacramentos? Una profunda inserción de Cristo en nuestra vida.

¿Cuál es la línea ascendente de nuestra vida? Nacimiento, años de maduración, edad adulta de la mujer y del hombre, cuando crecemos hasta la plena madurez. El Señor usa los sacramentos para unir mi vida con la suya.

Nacimiento: Por medio del bautismo, soy incorporado al nacimiento de Cristo. El resultado es que soy insertado como hijo de Dios en la Iglesia de Dios. Ahora tengo que tener también ante mis ojos la tarea de vivir como hijo de Dios. Es una lástima que hayamos olvidado esta irrupción en nuestras vidas. El cristianismo primitivo

entendió esto mejor y por ello sus ricas ceremonias. Actualmente se quiere colocar nuevamente al bautismo en un punto más central.

El segundo paso está en los *años de maduración*. Así sucedió también en la vida de Cristo. "Jesús crecía en edad y gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres". (Lc 2, 52). Por medio de la Confirmación somos adentrados en la vida de lucha del Señor. La Confirmación es el sacramento del combatiente. La liturgia es un obrar de Cristo, pero también un obrar concomitante del hombre con él. Hablamos de educación litúrgica. Entonces, debemos ver ambas cosas: el obrar de Cristo y nuestro obrar. San Agustín dice: "El que nos creó sin nosotros, no nos quiere redimir sin nosotros".

El cenit de la vida: la edad del hombre y de la mujer que ya han madurado. En Cristo, el cenit de su vida es la perfecta entrega en la Santa Eucaristía. Por medio de ella, tomamos parte en la vida ya madura de Cristo, en su amor que lo llevó a entregar su vida por los hombres. Debiéramos comprender la Eucaristía, sea que la entendamos como sacramento, sacrificio u objeto de adoración. Debemos colaborar. La Eucaristía debe ser una fiesta solemne del amor; del amor a Dios y al prójimo. Quienes se sientan a la misma mesa, se aman. Esto vale también para nosotros, sea que seamos jóvenes o viejos, pobres o ricos.

Ese es el sentido de las palabras de san Pablo: Cristo es el fundamento de nuestras vidas. El está también en la línea ascendente por medio del sacramento de la penitencia y de la santa unción. También ahí vemos el obrar de Cristo. A través de la educación litúrgica, también debemos tener en cuenta, al mismo tiempo, nuestro conjuntamente con Cristo.

Los sacramentos de los estados: matrimonio y sacerdocio. Los esposos están colocados en el fundamento de la vida de Cristo. Del mismo modo, el sacerdote. Por el sello que imprime el carácter sacerdotal, el sacerdote participa de *la unio hypostatica*. El es *post deum*, un *deus terrenus*. Está tan inserto en el fundamento de la vida de Cristo que también toma parte en el sacerdocio de Cristo. *Agere sequitur esse*, el actuar sigue al ser. Por lo tanto, también vale para el sacerdote.

La liturgia se esfuerza por insertar todo, también el tiempo y el espacio, en Cristo. ¿De acuerdo a qué principio se realiza esto? El espacio y el tiempo son despojados del uso profano y consagrados a Dios. Lugares especiales, determinados, son puestos bajo la protección de Dios. Cuando se teje una alfombra, es amarrada especialmente en algunos lugares. De la misma manera, determinados tiempos y espacios son especialmente bendecidos. Por ejemplo, el cementerio, la casa, los campos. Se parte de la idea de que si estos espacios son bendecidos, la protección de Dios descansa sobre ellos.

Los sacramentales han de ser comprendidos como los sacramentos. Es necesario un obrar concomitante del ser humano. Cuando se bendice un establo, el campesino debe comportarse, en ese lugar santificado, de la manera correspondiente, de manera agradable a Dios. También el tiempo está santificado, empezando por maitines hasta completas. El tiempo debe pertenecer a Dios. *Mundum Deo consecrare*. El mundo entero debe estar traspasado de Dios. Por eso se eligen

tiempos especiales. Tampoco en esto debemos desatender nuestro obrar concomitante.

2.2.3. Cristo, nuestra forma de vida

Forma de vida. San Pablo dice: Nos hemos revestido de Cristo. El pensar de Cristo debe ser nuestro pensar. El modelo según el cual nosotros debemos formarnos es Cristo. Por eso, nos preguntamos siempre: ¿qué haría Cristo en mi lugar? Así como él se condujo en las más diversas situaciones, también debiéramos hacerlo nosotros. *Ecce homo!* El es el ideal del ser humano según el cual debiéramos formarnos. Quisiéramos acoger a Cristo de manera que nunca lo perdamos. Por eso deben acompañarnos estas palabras de san Pablo: "Cristo es mi vida y la muerte es mi ganancia". Quizás no podamos repetir estas palabras y tendríamos que cambiarlas por éstas: "Sea Cristo mi vida".

San Pablo era un tizón ardiente y decía: "Quien no ama a Cristo debe ser condenado y maldecido". ¡Qué duro suena esto! Sin embargo, por ellas nos damos cuenta de cuán grande era el amor de Pablo. Cristo es mi vida, es decir, la doctrina de Cristo y la vida de Cristo son mi forma de vida. Si interrogo a las personas que están a mi alrededor por su norma de vida, ¡cuán diversas son las respuestas! Por ejemplo, para el hombre enteramente pecador y materialista, la impresión sensible es su norma; para otros, la razón natural.

Como católico pregunto: ¿Quién es la norma? Cristo que dice: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". (Jn 14, 6) "Quien me sigue, no caminará en la oscuridad" (Jn 8,12). Tu palabra es una luz para mis pies; una luz no sólo para la razón, el corazón y la voluntad, sino también para mis pies y para toda mi vida. Hemos de recordar también cuán inconscientemente formó a Occidente la doctrina de Cristo. Todavía la luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la reconocieron. Si la noche sigue avanzando, vendrá el tiempo en que ya no se sabrá nada de la doctrina de Cristo.

Algunos axiomas y máximas de la doctrina de la salvación: "De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma" (Mt 16,26), si daña su alma, es decir, la vida divina en su alma. El Señor permite que las obras de la cultura caigan en ruinas para que el hombre vea que lo más importante es la vida de Cristo en el alma. "No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis... Ningún cabello cae de vuestras cabezas sin la voluntad del Padre que está en el cielo". Estas palabras son una luz en el firmamento de la época. Dios quiere que las circunstancias humanas no ofrezcan ninguna seguridad suficiente. El ser humano es una audacia de Dios, porque se unen en él elementos opuestos: materia y espíritu, educación de sí mismo y educación de los demás.

Nos aferramos a la tierra con todas las fibras. Si durante nuestra vida estuviésemos en medio de circunstancias seguras, perderíamos a Dios; Dios quiere la inseguridad de diversas formas para que pongamos nuestra atención en él y nos apoyemos en él. Permite que suframos angustias económicas; tenemos que preocuparnos, pero no de manera pagana; no debemos pasar por alto el gran poder económico de la oración de petición y de confianza en Dios. Dios quiere cumplir su obligación; él se preocupa de nosotros, pero quiere que le pidamos que se preocupe de nosotros.

Podemos comparar a Dios con un diestro jugador de tenis que recibe al vuelo la pelota lanzada sin habilidad y la arroja al punto adecuado. El demonio y los seres humanos son inexpertos jugadores de tenis. Yo también. Dios es nuestro brillante maestro: él sabe recibir cada pelota, se preocupa de que cada una alcance su meta, si no hoy, entonces mañana o pasado mañana. Debemos confiar en él en todas las situaciones. En Dachau hubo muchas circunstancias como las circunstancias en que se encuentra hoy el mundo. Lo que ayudó fue el gran poder de la confianza y de la oración, por medio de las manos de la Madre de Dios.

Unas palabras de Cristo exigen una doble confianza: *Date et dabitur vobis*; mientras mayor sea nuestra aflicción, tanto más deben obsequiar. También los actos de beneficencia tienen un gran poder. Si el Señor lo dice, esto tiene que ser así. Eso es vivir cristianamente. La doctrina de Cristo es mi norma de vida. ¡No me preocupan ni conozco a todos los otros evangelistas!

"Si no os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt 18,3) ¿Debemos ser niños siendo adultos? Sí, así es. Los apóstoles habían disputado acerca de quién tendría el mayor título en el reino de los cielos. No podían liberarse de la convicción de que el Mesías tenía una misión política. Entonces, ellos serían ministros. El Señor quería instruirlos, pero no lo lograba. Entonces tomó a un niño, lo puso en medio y dijo: Si no os hacéis como niños, no os puedo utilizar, ni mucho menos como ministros. ¿Acaso entendemos correctamente estas palabras hoy día?

Sólo un marcado espíritu de niño puede dominar la vida. El que siendo como niño crece y se adentra en la vida del más allá y ve a Dios Padre detrás de todo; el que se inclina ante el Padre y se entrega en sus manos, ése es un maestro de la vida. Algunos ejemplos que nos hacen bien: Cuando una madre ve que llega su hora, prepara los mejores pañales para su hijo. Ahora bien, Dios es mi Padre y yo soy su hijo. Por eso es lo más evidente del mundo que Dios, más que una madre, prepara para mí los mejores pañales. Si una madre abandona a sus hijos, Dios no los olvida. Debo tener conciencia de ello. Dios me proporciona los mejores pañales aun cuando en ellos haya espinas. El auténtico niño domina la vida, se sobrepone a todas las dificultades; siempre es sencillo, nunca actúa con doblez.

El niño cree, espera y ama sin inquietud interior. San Francisco de Sales relata lo siguiente: Un niño está enfermo. El padre es médico. El padre afirma que el niño debe ser operado. Como el niño es niño, dice: "Sí, padre, si tú opinas así". Cuando el cuchillo corta la carne tierna, el niño llora. Le duele; las únicas palabras que salen de los labios del niño son éstas: "Padre, ¡cuánto me amas!"

"Yo os he dado un ejemplo... Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado".(Jn 15,12) No hemos de amarnos unos a otros a partir del instinto natural, sino así como él nos ha amado. Aquí está la diferencia entre el amor al prójimo del Antiguo Testamento y el del Nuevo Testamento. El amor del Nuevo Testamento se orienta según el amor del Padre hacia nosotros, los hombres. ¿Cómo nos amó Cristo? Por nosotros dio hasta la última gota de su sangre. Así debe ser nuestro amor. Por el bien del prójimo, debemos dar lo último; también la vida.

La doctrina de Cristo, mi norma de vida. "Quien me sigue, no caminará en la oscuridad" (Jn 8,12). "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí" (Mt 10,37). Aquí habla el Señor de ofrecer sacrificios y de la muerte. Cristo es mi vida. La doctrina de Cristo, pero también la vida de Cristo, son la norma para nuestra vida. Cristo estuvo en todas las situaciones y así nos ha precedido para darnos un ejemplo de vida en todo.

Cristo es mi vida significa que él es la meta de mi vida y de mi tarea. Cuando una madre está ocupada, sólo le basta con decir: "Vean, hijos míos, así es mi vida". Así también cuando digo que Cristo es mi vida, es decir, la meta de mi vida. Dice san Bernardo: Si en mi libro no encuentro la palabra Cristo, no me complace.

Cristo es la fuente de mi vida; fuente de fuerza y consuelo. Con frecuencia estamos cansados y, entonces, extendemos la mano pidiendo consuelo, alivio. Entonces, no debiéramos olvidar las palabras de Cristo: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, yo os aliviaré" (Mt 11,28). No debiéramos golpear las puertas de los hombres para pedir consuelo sino ir al tabernáculo y allí buscar gracias, consuelo y fuerza.

Cristo es el fundamento de mi vida, en quien todo está inserto. Por cierto que no debo olvidar que la muerte es mi ganancia. Es decir, si yo quiero ganar a Cristo, debo morir para el mundo y también para el demonio. Debemos mirar a nuestro alrededor y ver cómo el espíritu del mundo nos ha atado. Tenemos que morir para él. Ese es el gran medio para el perfeccionamiento y la elevación de la naturaleza. Si no muero para el animal, si no muero para tantas inclinaciones favoritas, Cristo no adquirirá figura en mí. De modo que debiéramos ponernos en camino, entregarnos al trabajo y preocuparnos de dibujar la imagen de Cristo con trazos maestros, sin cejar en el empeño hasta que aparezca la imagen de Cristo allí donde trabajamos como educadores.

Hemos dejado esperar a la imagen de la Madre de Dios. Deliberadamente he hablado poco de ella. Para terminar, quisiera referirme a este punto. Si san Pablo puede decir: Cristo es vida para mí, y él está como trasunto de Cristo ante los suyos, con toda seguridad la Madre de Dios puede hablar así. Ella es ciertamente de manera absoluta la imagen católica del ser humano, es decir, el trasunto de Dios con sello cabal. Ningún ser humano ha reflejado de manera tan completa la imagen de Cristo como Aquella que es bendita entre todas las mujeres.

Ella es la figura perfecta de Cristo. Nuestro corazón se conmueve cuando contemplamos a María como copia de la imagen más prístina y luminosa de Cristo, que ningún ser humano puede lograr. Ella es la perfecta mujer configurada en Cristo. Ella no sólo fue configurada por Cristo sino que configura a otros en Cristo. Su tarea es siempre dar a luz una y otra vez a Cristo. Ella dio una vez la vida a Cristo cuando dijo: *Fiat mihi secundum verbum tuum et verbum caro factum est*. María repite las mismas palabras incontables veces.